

Reynaldo Sietecase

Pendejos



Todos los cuentos de *Pendejos* tienen como protagonistas a chicos o jóvenes que han cometido crímenes violentos. Pibes marginales o de clase media; pibes abandonados o de buenas familias; pibes que conviven con armas, pibes ganados por el paco, que viven en un eterno presente, breve y fugaz, donde la vida vale menos que nada.

Un chico dispara contra su padre en el momento en que éste abusa de su hermana. Un adolescente traza un círculo en un plano para

determinar el coto de caza de sus presas humanas. Otro decide usar en la escuela el arma de su padre. Una jovencita lidera una banda que se dedica a los secuestros express. Otra organiza una masacre familiar. Da lo mismo que se trate de un barrio rico, de una villa, de Fuerte Apache o de alguna ciudad del Sur: la violencia se impone en cualquier escenario.



Reynaldo Sietecase

Pendejos

ePub r1.0

lenny 25.02.14

Título original: *Pendejos*

Reynaldo Sietecase, 2007

Diseño de portada: Adriana Yoel

Fotografía de portada: Latinstock

Editor digital: lenny

ePub base r1.0

más libros en espaebook.com

Cuando yo nací
un ángel loco muy loco
vino a leer en mi mano
no era un ángel barroco
era un ángel muy loco, torcido
con alas de avión
y ese ángel me dijo
apretando mi mano
con una sonrisa entre dientes
vas bicho a desafinar
el coro de los contentos
vas bicho a desafinar
el coro de los contentos
let's play that.

TORQUATO NETO, *Let's play that*

BELLA LUZ DE LA NOCHE

—Lucifer, así se va a llamar. Bella luz de la noche, Malito. Sí, Malito se va a llamar...

Silvita habla como si escupiera las palabras. Masticando rencor con cada sílaba. Tiene el cabello teñido de violeta. Corto, bien arreglado. Si no fuera por los ojos enrojecidos, la piel pálida, los moretones en los brazos, la delgadez extrema, daría el tipo de esas colegialas que concurren a las escuelas privadas de Barrio Norte, cerca de mi

consultorio. Su nariz levemente respingada le da un toque francés. Se parece a la actriz de la película *Amelie* pero más pequeña, mucho más pequeña. A pesar de su aspecto, brilla cuando sonrío.

La celadora la observa espantada. A diferencia de la chica, ella es cuadrada y maciza como una heladera. Se levanta y descorre las cortinas del cuarto. Por primera vez reparo en sus zapatos acordonados que parecen recién lustrados.

—Así se ve mejor —dice, y se queda parada al lado del ventanal, en actitud vigilante. Detrás de los cristales

se destacan las rejas y, más atrás, es posible adivinar el cielo limpio del mediodía—. Le quedan diez minutos, doctor —me apura.

El rumbo que tomó la charla la irrita. Lleva el pelo recogido en la nuca, bien tirante y en su cara de sargento se destaca un desagradable lunar junto a la nariz. Imagino que superaría con facilidad el *casting* para encontrar a la celadora modelo.

Silvita vuelve a ser el centro de mi atención. Se incorpora de golpe y hace caer la silla que ocupó durante la hora y media que duró el test de evaluación psicológica que me ordenó hacerle el

juez de menores. Me mira desafiante, parece intuir una agresión en cada gesto que se hace a su alrededor. Acaba de cumplir quince años y está furiosa. Todo porque le pregunté por su embarazo.

—¿Te da miedo, cagón? ¡A mí qué mierda me importa! Es mi hijo, ¿entendés? ¡Es mi hijo! ¡Va a nacer y le voy a poner el nombre que se me cante el culo!

Silvita grita histérica. Trato de decirle que ella tiene derecho a hacer lo que quiera y que los nombres son apenas etiquetas que heredamos. No sé por qué pienso en Romeo intentando arrancarse el apellido que le impedía el amor.

Silvita grita más fuerte. Qué absurdo traer a Shakespeare a esta habitación de internado. ¿Absurdo? Ahora ella suelta las compuertas del llanto y por primera vez parece lo que es: una niña desvalida. Quiero calmarla, hasta abrazarla con palabras quiero, pero de inmediato comprendo que toda la psiquiatría del mundo se derrite como hielo al sol ante su desamparo. Ahora chilla como si la estuviesen por matar.

—¡Si no me dejan tener a mi bebé, me mato!

Grita y grita sin parar hasta que la celadora gorda se decide a intervenir y la desparrama por el suelo con una

rotunda bofetada. Presiento que esperaba este desenlace.

—La panza no, la panza no... — gime Silvita sentada en el piso. Con las dos manos se agarra la barriga chata. Su declarado embarazo parece por ahora el producto de alguna de sus alucinaciones.

No sé por cuál de las infinitas variantes de mi cobardía quedo clavado a la silla que me sostiene. La gorda ni me mira, se acomoda el delantal y presiona un timbre que está junto a la puerta. El Instituto Virgen de Itatí es un establecimiento semiabierto, destinado a menores delincuentes. Es menos hostil que la Brigada, pero el trato con los

internos no siempre es el más adecuado. Según el informe del juzgado que me encargó las pericias, desde que tenía doce años Silvita se escapó cuatro veces de institutos similares.

—Acá te queremos ayudar... pero vos no querés... vos no querés, pendeja. Sos una burra... un animalito que no quiere entender —la celadora parece más triste que enojada—. Habla como una tía aburrida de las travesuras reiteradas de su sobrina preferida.

La chica no dice nada, sólo se revuelve por el piso tomándose la panza. Cuando otras dos preceptoras se la llevan a su cuarto parece una muñeca

rota. Los brazos le cuelgan y arrastra las piernas mientras la trasladan. La sigo. Pido permiso para observarla por la ventanita de la habitación. Durante varias horas se quedará en el lugar donde la depositaron. Acostada boca arriba, con los ojos abiertos. Imagino que vuelven a pasar por su cabeza las memorias dulces, cuando sus padres vivían todavía y la cuidaban, y sus peores salvajadas. Tal vez no piensa en nada.

Amalia Costa la besaba en la nariz. Eso le daba mucha cosquilla. A Silvita

no le gustaba reírse porque sí. «No, Mamalia, no me hagas eso, no me lo hagas», decía como preámbulo innecesario al regocijo que le ocasionaba el mimo de su madre. Esperaba ese beso con ansiedad. Era el beso de dormir. El beso que borraba los contornos sórdidos de la casilla que habitaban en el corazón de Villa Casale.

Mamalia, como la llamaba Silvita, había nacido en Asunción del Paraguay y se vino a Buenos Aires en busca de trabajo en plena euforia económica, a principios de los noventa. Argentina entonces era el Primer Mundo y un peso era un dólar aunque no lo tuvieras.

La mamá de Silvita trabajó de empleada doméstica hasta romperse los riñones. Después se embarazó. Su pareja, Benjamín Luna, un cordobés cantante de cumbia y adicto a cuanto sustancia ilegal le pasara cerca, le terminó contagiando el virus del sida. En pocos años pasaron de las noches de fiesta a las madrugadas de dolor. Murieron casi al mismo tiempo, cruzándose reproches. «Nunca confíes en nadie. Nunca le creas a un hombre, porque siempre te terminan cagando», le repetía Mamalia. Silvita tiene que hacer un esfuerzo para recordarlos juntos y alegres. En el cajón de la mesa conserva

una foto donde están los tres en el zoológico de Palermo. La madre tiene un pañuelo en la cabeza y el padre una campera marrón de corderoy. Silvia está entre los dos, tomada de sus manos. Todos sonríen.

Cuando sus padres murieron tenía apenas seis años y quedó al cuidado del único pariente que le quedaba vivo: el tío Hugo, un buen tipo, conductor de un camión de recolección de residuos. «Tengo un puesto importante —se vanagloriaba—. Yo no levanto la mugre, yo manejo la mugre, la administro.» Durante un tiempo fueron un remedo de familia. Dos soledades que se cruzaban

de noche ante un plato de sopa, y por la mañana ante el mate cocido del desayuno.

Silvita creció en la calle. Su escuela fueron los pasillos de la villa. Sus maestros, los atorrantes del boliche de Paco: ladrones, merqueros, narcos, cafishos y travestis. Sus amigos de infancia fueron los pibes chorros del barrio, los rateritos. Cuando el hermano de su madre murió en un accidente, Silvita había cumplido los doce pero su vida acumulaba más frustraciones que la de una prostituta a los sesenta. Las había pasado muy feas, y las hubiera pasado peor si no fuera por los arranques

violentos que tenía cuando alguien la molestaba. A los diez años, le rompió con un ladrillo el parabrisa a un patrullero en medio de una razzia policial en el asentamiento. Meses después, al tipo que la desvirgó le clavó un cuchillo de cocina en la espalda. Poco a poco logró ganarse el respeto de todos.

Se puso de novia varias veces. Siempre con chicos del barrio. Aprendió a sobrevivir a los codazos. En apenas un año robó una decena de negocios pequeños por encargo de los capangas del asentamiento. Al poco tiempo armó su propio grupo. Aunque

todos eran más grandes que ella, era Silvita la que tomaba las decisiones. A los quince ya había participado de ocho secuestros. Se colaban en los autos de sus víctimas y los llevaban a la villa. Desde allí, pedían un rescate módico y que pudiera reunirse rápido. Cuando la familia pagaba, soltaban al tipo en algún sitio alejado de la Capital y abandonaban los vehículos en el interior de la provincia. A partir de los testimonios de las víctimas, que daban cuenta de la edad de los presuntos implicados, los diarios comenzaron a hablar de «La banda de los Pibes».

A Silvita también le atribuyen la muerte de un secuestrado aunque en el Juzgado de Menores opinan que es altamente improbable que haya asesinado a alguien.

Fue Juano Toloza, él último de sus novios, el que contó la historia en el juzgado y luego la desmintió por sugerencia de su abogado.

—Se lo merecía, el chabón ese se lo merecía. La sobró todo el tiempo y eso no se hace con Silvita. La llamaba nenita. Le decía «Mirá, turríta, si no me sueltan pronto, en algún momento los voy a venir a buscar para convertirlos en peluches». Eso decía: «Los voy a

hacer peluches». Nosotros al principio, nos asustamos un poco porque el tipo parecía muy pesado.

Silvita por entonces tenía el pelo color verde. Un verde oscuro, tipo militar. Según Juano, siempre le gustó teñirse el pelo de colores. Ese día tenía el pelo verde, media docena de pastillas encima y una pistola nueve milímetros que le habían robado, una semana atrás, a un guardia privado que custodiaba el depósito de un supermercado.

—Silvita no dijo nada —contó Juano—. Lo escuchó, lo escuchó un rato largo. La voz del tipo salía entre sobona y amenazante por debajo de la bolsa

negra que le habíamos puesto en la cabeza para que no nos reconociera. Le hablaba sólo a ella, como si fuera la única de nosotros con la que valía la pena conversar. «Dale, nenita, te conviene, dejame ahora, antes que empiecen los problemas. Si la seguís complicando, todos se van a arrepentir.» Ninguno de nosotros se movía, había logrado confundirnos. Al rato, Pancho lo quería soltar. «Para qué nos vamos a meter en un quilombo, mirá si es servilleta», dijo. Silvita se levantó de la cama, estaba desnuda de la cintura para arriba. Me acuerdo perfecto. Se le notaba la piel de gallina y los pezones

chiquitos y parados. Sacó la pistola que guardábamos debajo de la almohada y se acercó despacio a la silla que estaba en medio del cuarto. El tipo empezó a mover la cabeza, inquieto, como si intuyera algo malo, y forcejeó un instante con las cuerdas que le ataban las manos al respaldar. Yo pensé que Silvita iba a asustarlo, que lo haría cagar en las patas y listo... pero no. Se paró justo detrás del hombre con las piernas separadas, le apoyó el caño en la nuca y, sin decir una palabra, apretó el gatillo. Así nomás, apretó el gatillo. Como te lo digo, apretó el gatillo. La bolsa negra estalló como un globo.

Cuando la detuvieron en un espectacular operativo policial, que incluyó fuerzas combinadas de la Policía Bonaerense y de la Federal, en el juzgado no podían creer que tuviera la edad que decía tener entre insultos y mordiscos. Al punto que mandaron a una comisión a buscar una copia de su partida de nacimiento.

—¡Rati puto! ¡No me toqués o te juro que cuando salga te hago mierda!

Las frases salían de un cuerpito tan frágil que contradecía la convicción con la que soltaba maldiciones y amenazas.

—¡No me toqués, cagón, no ves que

estoy embarazada...!

Ese día le tiraron del pelo y la patearon. Le dieron duro con un palo y duro también con una soga. Recibió trompadas en la espalda y la cabeza. A su novio de turno, el Lito, también lo cagaron a golpes. El chabón era al revés de la nena. Tenía diecisiete pero parecía de treinta. Le dieron tantas piñas que cada vez que Silvita se acuerda se pone a llorar. Ahora está preso, pero no le dijeron dónde. La cana les tendió una cama. Hacía varias semanas que los venían vigilando. Cuando cobraron el último de los rescates ya estaban cocinados. Los dejaron llegar a la vieja

casa del tío Hugo, una prefabricada que se levanta sobre el borde exterior de la villa, y después de un par de horas los entraron a buscar.

Cuando reventaron la puerta, Silvita y Lito estaban en la cama, desnudos. Los cuerpos brillantes de sudor se revolviéron impotentes ante la irrupción de la policía.

—¡Dame la ropa, cagón...! — alcanzó a decir Silvita antes que le soltaran el primer bastonazo.

Es jueves y llueve. Es la segunda vez que voy a visitarla. Ayer Silvita tuvo

un aborto espontáneo. Aunque el juez de menores no me lo pidió, volví al Instituto para verla. Tiene fiebre y no quiere salir de la cama. Le pregunté a una de las celadoras si la había visto un médico y me dijo que no, que recién por la tarde vendría una enfermera para evaluarla. Que tal vez el útero se le infectó pero que no es nada grave. Que me quede tranquilo. Que cualquier cosa la llevarán de urgencia al hospital. Eso me dijo.

—¿Para qué querés que viva, doctor? ¿Para acostarme de noche y que

nadie me venga a dar un beso? Si estoy nadando en la mierda. Todos los que yo quiero están muertos. Mi novio está preso. Ya no me voy a poder casar. ¿Para qué querés que viva? Encima estas brujas no me dejan teñir el pelo.

LAS COSAS POR SU NOMBRE

Alberto Álvarez era un nombrador. Le gustaba ponerle nombre a todo. Era una costumbre que arrastraba desde niño. Estaba convencido de que nombrar permitía apropiarse de las cosas. Un amigo le contó que en los Estados Unidos había gente que vivía de eso, de encontrarle títulos a empresas, productos y proyectos. Por internet se enteró de que ese fenómeno se denominaba *naming* y que algunos nombradores se hicieron ricos gracias a

esa habilidad. A pesar de tener el don, Alberto había amasado una pequeña fortuna con algo más concreto: manejaba una agencia de lotería que funcionaba en el centro de San Isidro bajo el nombre de Avaricia. Detrás de esa fachada legal, se escondía una de las organizaciones de juego clandestino más importantes de Buenos Aires.

Alberto Álvarez tenía un pasado que evitaba mencionar. Su padre lo había abandonado cuando él era muy pequeño. Casi no recordaba su cara, apenas retenía la vaga referencia de unas viejas fotos en blanco y negro. Según le contó una tía, su viejo se enamoró de una

vecina y, simplemente, se fue de la casa sin dar ninguna explicación. María Olgado, su madre, lo había criado en soledad, con mucho sacrificio. Limpió casas ajenas y lavó ropa por encargo. Durante mucho tiempo la pasaron mal, muy mal. Alberto no conoció el hambre pero sí la miseria. Sin embargo, como si mantuviera un pacto secreto con su madre, ninguno de los dos aceptaba hablar de esos días de angustia. Y menos ahora que el pasado de privaciones había quedado sepultado por un presente de lujos.

A los cincuenta años, Alberto se había tomado revancha. Se sentía un

hombre afortunado. Poseía casi todos los bienes materiales que alguien de su origen social podía desear. Había logrado formar una familia «como Dios manda»: esposa, cuatro hijos y un perro. Y además estaba orgulloso de su aspecto. Era un tipo pintón; no había perdido el pelo, como muchos de sus amigos; se mantenía en buen estado físico y se preciaba de tener éxito con las mujeres. «El día que las minas no me den más bola, me mato», decía.

En la proa de su yate, Álvarez pintó la palabra Lujuria. Los nombres de los

pecados capitales estaban entre sus preferidos. La ceremonia de bautizo se hizo en la Marina del Delta. El barco era sencillo, pero la celebración en el club fue espectacular. No faltaron ni la buena bebida ni las mujeres fáciles. La convocatoria estuvo reservada sólo a los hombres. Los amigos de Alberto todavía le agradecen el festejo. Cristina, su esposa, apenas protestó por la exclusión. Ya estaba acostumbrada a quedarse afuera de las fiestas que organizaba Alberto. No sólo en sus negocios el agenciero llevaba una doble vida, y ella lo aceptaba con resignación.

A su auto preferido, un Porsche Carretera, Alberto lo denominó Envidia. Él decía que era exactamente eso lo que provocaba cada vez que salía del garage de su casa o cuando entraba al club de campo para jugar al tenis. Los otros tres autos de la familia —un Fiat Palio, una 4x4 y un Twingo— no tenían nombre. Para qué, Antonio los consideraba utilitarios, autos para que maneje cualquiera. Su hija mayor, Aldana, que había cumplido los diecinueve, solía conducirlos indistintamente. Ella y el más chico eran sus consentidos. Martín tenía doce y compartía con su padre la pasión por el fútbol. Los dos eran

fanáticos de River y no se perdían ningún partido en el Monumental. Cuando el equipo de sus amores jugaba de visitante, lo miraban juntos por la tele. Era como una ceremonia.

Sus otros dos hijos, Juan y Gastón, eran mellizos. Tenían diecisiete años y un increíble parecido físico. Alberto los maltrataba por igual, aunque era Juan el que más lo irritaba. Cuando surgía alguna discusión con su esposa, el agenciero le reprochaba que se los hubiera arrancado. «Arrancado», ésa era la palabra que usaba: «arrancado».

La abuela María, intentando justificar las actitudes violentas de su

hijo ante los mellizos, llegó a explicarles que habían sido concebidos en un momento en que Alberto consideraba seriamente la posibilidad de separarse. En una de las idas y vueltas de la pareja, que parecían el prólogo de una ruptura definitiva, Cristina quedó embarazada por partida doble.

—Por eso Albertito no la perdona —contó la abuela.

—Si es verdad, es horrible... —atinó a decir Juan.

—No, querido. Hay que tratar de entender la situación. De todas maneras, después se arreglaron y ahora vivimos

todos juntos y felices —intentó tranquilizarlo la mujer.

—Pero nosotros no tenemos la culpa —susurró Juan, mirando a su hermano.

Gastón no dijo nada. Aunque en el momento de la revelación de su abuela ya había cumplido quince años, se fue a llorar a su habitación como cuando era un niño.

Si bien nunca habían sido chicos dóciles, desde ese día los mellizos dejaron por completo de obedecer las indicaciones paternas. Con cualquier excusa evadían los encuentros familiares y cada vez que podían faltaban a la escuela. Pasaban las horas en un ciber

frente a las computadoras o fumando en la plaza.

La familia Álvarez tenía un octavo integrante. Un perro bravo pero bastante dormilón al que Alberto llamó Pereza. Era un doberman entrenado, buen guardián y agresivo con los desconocidos. Pereza podía destrozarle los huesos de la pierna a cualquiera con una dentellada certera. Solía esperar a su dueño, durante horas, acostado en el umbral de la casa. Cuando llegó la policía tuvieron que llamar a un veterinario de la zona para que lo

dopara, ya que el animal no permitía que nadie se acercara a su amo. Cada tanto, empujaba con su hocico el cuerpo inerte y se quedaba a la espera de una caricia imposible. Después gruñía desafiante y mostraba los dientes.

A su esposa, Cristina Sandoval, la llamaba Gula. Lo hacía sólo para mortificarla. Aunque no era gorda, para Alberto su mujer tenía la rara habilidad de «comerse» casi todo el dinero que ingresaba a la casa. Se habían conocido veintitrés años atrás en un baile de carnaval en San Pedro. Cristina siempre

le aceptó todo a su marido, su único objetivo era casarse y tener hijos. Con paciencia y perseverancia lo había logrado. Por esa razón no le importaban ni las amantes, ni las fiestas, ni los comentarios de los vecinos, ni las objeciones de sus amigas, ni de dónde venía la plata que los había transformado en una familia respetable.

No pensaba en nada de esto cuando la bala le ingresó en la garganta. Estaba a punto de gritar pero no llegó a hacerlo. A Cristina siempre le costaba entender las cosas. Eso le decía Alberto cada vez que se enojaba. Esta vez sólo tardó unos segundos en comprender que iban a

dispararle. Cuando su cuerpo se desparramó sobre el parqué, ya estaba muerta. La sangre arruinó el piso que todavía no había tenido tiempo de mandar a plastificar.

A su madre, Alberto le había reservado el mote de Soberbia. Desde que se había instalado en la casa, el día en que nacieron los mellizos, María Olgado manejaba obsesivamente la organización familiar. Aunque tenía setenta y seis años, se sentía fuerte y vital. Se metía en todo y no admitía que se tomaran decisiones vinculadas a la

casa sin consultarla. Jamás aceptaba críticas y siempre justificaba con pasión los errores de su hijo. Para ella, Albertito nunca tomaba decisiones equivocadas.

Esa noche, la abuela estaba planchando un vestido que Aldana se quería poner para ir a una fiesta cuando escuchó el estruendo. Pensó que había explotado el tubo de la tele o que se había caído la estantería donde estaba la vajilla fina. Salió del lavadero rumbo al living y, por el apuro, casi tropieza con su nuera. Intentó ayudarla a levantarse pero no pudo. El primer disparo le ingresó por el estómago y la lanzó un

metro hacia atrás. El segundo balazo le partió la frente y detuvo el mecanismo de su razonamiento: no podía estar herida ya que no había escuchado ningún estampido, sin embargo en el centro del batón le crecía una mancha roja.

En el cajón de la mesa de luz del dormitorio, Alberto guardaba una pistola Bersa calibre 22 con silenciador. No era la única arma que existía en la casa de los Álvarez; colgada en una pared del comedor principal, sobre la chimenea y al alcance de la mano, se lucía una escopeta de caza calibre 16.

Cuando le preguntaban por qué tenía esas armas, simplemente respondía que con tanta inseguridad él quería estar preparado.

El argumento con el que defendía la compra del silenciador era más sorprendente: «Si matás a alguien en una ventana o en el jardín, lo tenés que entrar a la casa antes de llamar a la policía. Con esa acción evitás problemas. Cualquier juez lo considerará defensa propia». Además, como no le gustaban las rejas sostenía que era bueno que en el barrio supieran que tenía «ferretería pesada». De esa manera, según Álvarez, los potenciales

ladrones lo pensarían dos veces. La escopeta no había merecido el honor de contar con un título otorgado por Alberto, pero la pistola Bersa se había ganado un nombre propio: Ira.

El día de la masacre, Alberto Álvarez había decidido cambiar su vida. Tenía dinero suficiente como para que a sus hijos no les faltara nada y estaba decidido a dejar a su mujer. Esta vez iba en serio. Hacía exactamente un año que había conocido a Teresa Ferrer en un bar del Bajo. Era entrerriana y había llegado a la Capital Federal para ser

bailarina. Ni el talento ni la edad — tenía más de treinta— iban a permitirle cumplir su sueño. Pero eso ya no era importante. Alberto se iba a encargar de hacerla feliz con otras cosas. Imaginaba que podían vivir lejos de Buenos Aires, tal vez en Mar del Plata. Hacía dos meses que había logrado abrir una agencia de juego en esa ciudad a través de un testaferro. Bautizó el local con el nombre de Destino y compró un departamento con vista al mar. Hasta pensó seriamente en la posibilidad de abandonar los negocios clandestinos. Teresa y el mar podían ser una buena manera de recomenzar.

Su familia hacía rato que no funcionaba como tal y estaba seguro de que nadie echaría de menos su ausencia. La casa de estilo californiano que habitaban desde hacía una década, se había convertido en una cáscara vacía. La familia no se reunía ni para almorzar ni para cenar y cada uno hacía su historia.

—Esto parece un hotel —se quejaba el agenciero.

—Es tu culpa, los chicos hacen cualquier cosa y tu mujer no es capaz de decirles nada —lo censuraba su madre con tono de general prusiano.

Al principio le molestaba ese

descalabro, pero después él también terminó por acostumbrarse y sacar provecho de los desencuentros para estar más tiempo con Teresa. Además, estaba harto de los mellizos. Hacía unos meses que lo único que hacían era desafiarlo. Primero descubrió que se drogaban. Y aunque él también lo hacía de vez en cuando, la sola idea le resultó intolerable. Comprendió también que el vicio de sus hijos era el origen de las pequeñas rapiñas que sufría en la caja de la Agencia. Intuyó, incluso, alguna complicidad materna. No les dijo nada, ubicó al *dealer* y lo amenazó con romperle las piernas si les seguía

vendiendo. Se enteró de que los pibes le compraban cocaína y pastillas de éxtasis.

Álvarez estaba furioso. Él jamás había faltado a su trabajo y nunca dejó de ganar la diaria para sostener los gustos de todos. Los mellizos, en cambio, no querían saber nada con trabajar, sólo pasaban un rato por la Agencia cuando él los amenazaba con cortarles el dinero de la mensualidad que les daba para sus gastos. Además estaban por ser expulsados del colegio. El director de la escuela que lo convocó de urgencia, hasta se dio el lujo de darle un consejo:

—Le recomiendo vigilar la sexualidad de sus pibes.

Era el colmo.

—Gastón no. Pero estoy seguro de que Juan es puto. Además de drogón, ¡marica! —le gritó a su esposa cuando volvió de la reunión en el colegio—. Ella lloraba pidiéndole una clemencia que no llegaría nunca.

Esa noche los esperó hasta las tres de la mañana, sentado solo en la oscuridad de la cocina. Cuando Juan entró sigiloso a buscar un vaso de agua, recibió el primer golpe sobre la oreja derecha. La mano de su padre era pesada aun abierta. Después vinieron

otros golpes y una lluvia de insultos. No se defendió. Acaparar la bronca paterna le dio tiempo a Gastón para llegar al cuarto. Ninguno de los dos mencionó jamás el incidente.

Ese sábado Juan se despertó cerca del mediodía. Se desperezó durante algunos minutos. Nadie que hubiese podido verlo, enredado entre las sábanas, desplegando su cuerpo en medio de largos bostezos, podría haber imaginado que esa noche sus manos desatarían una tragedia.

Salió de la cama como pudo, le

dolía la cabeza y tenía los ojos hinchados. Se había acostado a las cinco de la mañana con varios litros de cerveza encima. Pero le había asegurado a su hermano que iba a acompañarlo al cine y nunca le fallaba en un compromiso. Después de la ducha, ya se sentía mejor. Fue a buscar algo para comer, pero su madre ni siquiera le dio tiempo para abrir la alacena.

—Tengo algo importante que contarte —le dijo y lo obligó a sentarse junto a la mesa.

—¿Discutiste con papá? —preguntó Juan, imaginando la respuesta.

—Sí, pero hay algo más... Se va,

nos deja.

—No puede ser. Debe ser la calentura del momento, ya se le va a pasar —quiso calmarla.

—No, esta vez es en serio. Tiene otra mujer y se va para siempre.

Cristina hablaba entre un aluvión de llantos y mocos. Juan se desembarazó de su abrazo y le prometió que eso no iba a pasar. Le dijo que se quedara tranquila. Después de todo, su padre siempre había estado con mujeres y no por eso se había ido de la casa. Acompañó a su madre a la habitación y la obligó a tomar un calmante. Luego pasó a buscar a Gastón y se fueron al cine. La película

lo hizo lagrimear en varias escenas pero logró disimularlo. Su hermano en cambio parecía de piedra, sólo las peleas familiares lograban conmoverlo.

Cuando volvieron a la casa, Alberto estaba en la hamaca paraguaya del jardín. Gastón lo saludó de lejos y él se acercó para conversar. A boca de jarro le contó la conversación con su madre y trató de disuadirlo.

—No me jodas, Juan, si esto es una parodia de familia —le dijo.

Cuando su hijo insistió, pidiéndole que se quedara en la casa, que pensara en la familia, Alberto no tuvo piedad:

—¿Vos me pedís que piense en la

familia? ¿Vos, drogadicto de mierda, me lo pedís...? Tomátelas...

El partido de River empezó puntualmente a las 21. Como hacían siempre que los millonarios jugaban de visitante, Alberto y su hijo menor se sentaron en el sillón del living frente al televisor. El agenciero se sirvió un coñac y Martín una Coca-Cola. Su esposa estaba en la cocina, había prometido hacer su especialidad: canelones de verdura y ricota. Parecía como si la crisis matrimonial que la había llenado de angustia durante todo el

día no hubiese ocurrido nunca. La abuela María estaba en el lavadero planchando y Aldana en el baño de la planta alta preparándose para salir. Desde que habían vuelto del cine, los mellizos permanecían encerrados en la habitación que compartían.

Gastón quiso animar a Juan, pero no había caso. Finalmente lo convenció de salir otra vez.

—Vamos al ciber, salgamos de acá —le propuso.

—Bueno, andá vos que yo te alcanzo enseguida.

Gastón se puso una campera y bajó la escalera a los saltos. Apenas saludó a

su madre con un gesto y pasó por detrás del sillón que ocupaban su padre y su hermano casi sin que lo advirtieran.

Según el parte de los peritos forenses, Juan bajó apenas cinco minutos después, aproximadamente a las 21.20. Entró en la habitación de sus padres, abrió el cajón de la mesita de luz y sacó la pistola Bersa. Comprobó que estaba cargada. Luego le montó el silenciador, como había visto que lo hacía su papá. Sopesó el arma en su mano derecha. Caminó despacio hasta el living. Alberto ni se enteró. Sus ojos

pasaron del verde luminoso del césped por donde se deslizaba el balón a la oscuridad total. Juan apenas le rozó el cabello de la nuca con la punta del silenciador y apretó el gatillo sin decir nada. Su hermanito giró la cabeza; el cimbronazo que había doblado el cuerpo de su padre sobre la mesita ratona donde estaban las copas lo había sorprendido. Juan volvió a disparar. El pibe tenía puesta la camiseta de River. Recién en ese instante Juan se dio cuenta de que él también era de River.

En ese momento entró su madre y

unos segundos después su abuela. Cuando terminó con ellas, subió hasta la planta alta en busca de su hermana. Fue lo más fácil, porque ni tuvo que mirarla. Le apuntó a través de la cortina de la ducha. Aldana tampoco pudo ver los ojos llorosos de Juan ni el rictus descompuesto de su cara porque se estaba quitando el champú de la cabeza. Sólo sintió un chicotazo a la altura de la cintura, como una quemadura donde le nacía la espalda. Intentó aferrarse a la cortina para no caer pero se derrumbó enseguida. Durante unos segundos, Juan se quedó escuchando el sonido del agua golpeando en la loza de la bañera.

Cuando escuchó el primer gemido, se acercó y volvió a disparar. Después regresó a la habitación de sus papás y dejó la pistola en el cajón de la mesita de luz, donde siempre estaba. Bajó la escalera despacio, como si no quisiera despertar a nadie con sus pasos, abrió la puerta de calle y, al salir, dejó entrar al perro. Nunca había entendido por qué razón dejaban que ese animal durmiera afuera.

DIARIO DEL CAZADOR

31 de julio de 2006

«Le pido a la señora jueza que comprenda la real dimensión de estos crímenes. Es evidente que detrás de cada ataque se manifiesta un claro impulso de perversidad brutal. La destrucción de la vida es para el acusado una fuente de goce. Es como un chacal, ese animal es el único que no mata para alimentarse, mata por placer... Por eso solicito que considere todos los agravantes que contempla el

Código Penal a la hora de evaluar los aberrantes actos provocados por el acusado.»

El fiscal no entiende nada.

El cazador no es un asesino.

El cazador es un cazador.

12 de enero de 2000

Fue un regalo de mi papá.

«Marcos, tengo una sorpresa», me dijo. Yo estaba tomando la chocolatada en la cocina. La leche chocolatada acompañada con vainillas es mi merienda favorita. La masa se hincha

despacio al menor contacto con el líquido y hay que soltar el mordisco antes que se deshaga por su propio peso. «Apurate que salimos enseguida», dijo mi papá y me guiñó un ojo. El derecho, siempre guiña el ojo derecho. A mí nunca me salió hacerlo tan rápido como él. Pero lo intenté. Le guiñé el ojo derecho por sobre la taza.

Ni siquiera en el auto me quiso decir adónde me llevaba. Pensé que tal vez íbamos a ver una película en algún cine del centro o a la cancha, aunque él nunca me llevó a ver un partido de fútbol. «Es peligroso, Marquitos», me explicaba, «mejor lo miramos por la tele.» De

todas maneras a mí nunca me gustaron mucho los deportes. Salvo disparar. Allí no hay equipos, ni entrenador, ni golpes, ni compañeros molestos, ni barras bravas.

Cuando entramos, yo no podía contener mi asombro. El Tiro Federal es un lugar maravilloso. Mi papá tuvo que firmar varios papeles para que me autorizaran a ingresar. Se hizo cargo de todo. Desde el mediodía, ya no soy un espectador más, un pendejo que se asombra con los disparos de los otros. Yo, Marcos López, soy un tirador.

«El pibe puede», dijo mi papá como para despejar cualquier duda. «El pibe

sabe; me hago responsable plenamente», agregó con aire de director de escuela. «Quiero un permiso completo: para que pueda practicar tiro con armas largas y cortas.» Así dijo mi daddy, levantando un poco la voz y guiñándome el ojo derecho.

Era lo que yo siempre había soñado.
Nunca antes quise tanto a mi papá.

4 de octubre de 2004

Siempre quise comprar una pistola así.

Desde que comencé a cazar tuve distintas armas pero nunca me sentí tan

pleno como con esta belleza. La Bersa 380 es un arma amable. Ideal para llevar encima sin que nadie lo note. Con la Bersa tiré cerca de mil tiros en dos años y lo único que tuve que pedir en la armería fue que le cambiaran los resortes de los cargadores. Y una ventaja complementaria: a la Bersa le podés colocar miras regulables, indispensables para poder cazar en la calle.

Hacemos una gran pareja.

Casi no puedo separarme de esta máquina tibia. Por eso decidí dejar de lado la idea de estudiar Ciencias Veterinarias. Además, del vasto mundo

animal sólo me importan los felinos. También algunas variedades de aves, unos pocos anfibios. En el centro de mi interés están los predadores. Los sobrevivientes de este mundo en guerra. Para qué perder el tiempo en la Universidad.

La Bersa va conmigo a todos lados. De compras, cuando acompaño a mi mamá. En los paseos al centro, con mi padre. El resto del día, cuando leo en mi cuarto, acostado bocarriba, la guardo debajo del calzoncillo, sobre la panza. Sintiendo su peso, repaso las historias imaginadas para mí por James Cain, Nicholas Blake, Edgar Allan Poe.

A veces lloro con Poe.
A veces lloro por Poe.
Lloro y acaricio mi pistola.

17 de marzo de 2005

La sorpresa es lo más importante. La sorpresa y el entrenamiento.

Conviene comenzar con animales grandes. La primera incursión debe ser exitosa para que la moral del cazador no decaiga. La primera vez que alguien sale de cacería no debe fallar.

Un tren de pasajeros, un ómnibus, un bar a las cinco de la tarde son las mejores opciones.

Disparar contra un tren en movimiento es como atacar a un saurio, hay que acertar en el lugar preciso. Su coraza de hierro le da un aspecto imponente y es necesario atravesarla.

Después de estudiarlo muy cuidadosamente, elegí la estación Colegiales. Es un sitio ubicado dentro de mi coto de caza, dentro del círculo que tracé en un mapa alrededor de mi casa con un compás del colegio. Los planos que utilizo son sencillos. El que llevo siempre conmigo es uno que arranqué de la guía telefónica. Mi idea es ir ampliando el radio de cacería en función de mi capacidad operativa.

Durante toda la semana me paré en la intersección de las vías y la avenida Federico Lacroze. Siempre a la misma hora: las nueve de la noche. Justo detrás del quiosco de diarios. A las 21.10 pasa el tren que viene de Retiro. A veces llega con unos diez u once minutos de demora. En su vientre viaja lo peor de cada casa. Tipos aburridos; mujeres agrias; viejos frustrados; estudiantes que todavía conservan la esperanza de un futuro distinto; jubilados rabiosos; algunos desocupados, más vencidos que cuando salieron a comerse el mundo en la mañana; vendedores ambulantes contando sus monedas; guardias

oficiando de guardias por dos pesos; niños insoportables... Todos unidos en el cansancio del regreso, saben que los aguarda una forma más refinada de la monotonía: la vida familiar, la cena copada por la tele, las charlas donde no se dice nada, el cruce de rencores.

Con su carga de desesperanza, el animal cruza la avenida con paso soberbio y moroso. Raro en un bicho de sus dimensiones, camina sin temor ni cautela, lanzando berridos metálicos. Merece su destino.

Una vez seleccionado el día y la hora, una vez establecidas las coordenadas de distancia y velocidad,

hay que actuar. Elegir la posición de tiro que mejor se ajuste a la presa. Mi preferida es la llamada postura californiana: piernas abiertas, torso erguido, los brazos extendidos, la pistola como prolongación de la mano. Jalé el gatillo en el preciso momento en que el animal comenzó a moverse. Uno-dos-tres, hay que vaciar todo el cargador sobre el cuerpo para estar seguros.

Luego ejecuté lo que había preparado tantas veces. Una salida limpia y silenciosa. No se trató de una fuga. Fue una operación tan estudiada como el ataque mismo.

Hay que desaparecer del lugar como si nada. Sin apurar el paso, haciendo caso omiso a los gritos y corridas del resto de la fauna espantada por los estampidos. No hay que detenerse por nada del mundo. Recién a las dos o tres cuabras me permití el primer aullido de victoria. Ya estaba hecho lo que había que hacer.

El monstruo agonizó en mitad de la calle durante varias horas.

No fue necesario volver la vista atrás para comprobarlo.

22 de mayo de 2005

Nunca me enamoré.

No tuve amigas íntimas ni novias.

Ni siquiera una amigovía.

Nunca di mi primer beso.

En realidad nunca di un beso.

En la escuela primaria, si me decían que una chica gustaba de mí, era capaz de no hablarle más. Hasta la esquivaba en los recreos. La única mujer que se me acerca es mi mamá. A ella sí la acompaño a todos lados. Al mercado, a la peluquería, a las clases de yoga, a tomar el té con sus amigas. Mi mamá no me deja solo ni un segundo.

Tuve una vecina con la que me hubiese gustado hablar. Se llamaba

Alicia. Vivíamos en el mismo edificio. Yo solía verla cuando volvía de la escuela. Me quedaba en el balcón esperando que regresara de sus clases de inglés sólo para verla unos segundos. Me fascinaba poder seguir el breve trayecto que recorría desde el Fiat Fiesta de su madre hasta la puerta del edificio. Al principio no notó mi espionaje, pero después se dio cuenta. Cuando levantaba la cabeza antes de entrar al pallier para sorprenderme espionando, yo corría a esconderme. Me moría de ganas de hablarle pero nunca me animé a decirle nada. Recuerdo todo esto ahora que por fin me decidí a

matarla.

En realidad no sé si se trata de ella. Pero se viste de la misma manera desfachatada, y camina igual, con los hombros para atrás y el mentón en alto, orgullosa de su figura.

Todos los martes y jueves, a las seis de la tarde, se encuentra con su novio en el bar de Triunvirato y Meléndez. El tipo es más grande que ella, por lo menos tres o cuatro años. Piden dos cafés con leche y un tostado de jamón y queso, que comparten. Siempre lo mismo.

Esta vez fui con la bicicleta. Me paré en la vereda de enfrente y asumí la

posición de tiro, la misma que usa Nick Nolte en las películas, pero con la bici entre las piernas. Me hubiese gustado decirle algo. Puta, traidora, qué se yo, cagadora, malvada. Pero no valía la pena. Tal vez ni me recordaba. Una vieja que cruzaba por Triunvirato alcanzó a gritarme algo que no alcancé a entender. Fue justo un segundo antes de que comenzara a disparar. Uno-dos-tres, todo el cargador. El blindex de la ventana se deshizo por los impactos. Guardé la Bersa en la campera y me asomé. El mozo gritaba. Ella se revolcaba por el piso. La sangre le manchaba la falda azul y la remera

turquesa. La sangre le decoraba la panza, justo debajo de las tetas. Comencé a pedalear rumbo a casa.

22 de enero de 2002

Mis padres no quisieron tener otro hijo. Imagino que conmigo tuvieron suficiente. Sólo les traigo problemas. Eso dicen. Aunque cuando se los recuerdo, dolorido, ellos lo desmienten. Ahora ya no estudio y tampoco trabajo. Soy una carga, pero ellos insisten en negarlo. No tengo amigos. No salgo. No voy a fiestas ni reuniones. Prefiero quedarme solo en mi cuarto, leyendo

durante horas.

Me banco los prejuicios más injustos.

Cuando estaba en el secundario me condenaron para todo el viaje por un error. Fui a comprar fumo para venderle a algunos compañeros del curso y me detuvo la policía. No era tan grave. Un poco de marihuana, casi nada, para armar unos porritos. Qué tiene de malo. O acaso ellos nunca fumaron. Mi vieja dice que no, mi viejo no dice nada. El juez me la dejó pasar. Era más piola que ellos dos juntos. Fue el único que se dio cuenta de que lo mío no era nada. A lo sumo una boludez de pendejo inexperto.

En el colegio igual me quemaron para siempre. Desde ese día me dicen Frula. «El Frula», y mamá se pone verde.

21 de junio de 2006

Seguir la intuición. Confiar en el instinto a la hora de elegir el blanco. Hay algo de magia en esa selección. A éste sí, a éste no. Esto lo aprendí de los francotiradores serbios. Hay que dejarse llevar por el momento. En la guerra de los Balcanes, los tipos se apostaban durante horas parapetados en el mismo sitio, desde donde mataban a gusto. A

veces a un miliciano; otras a una gorda que se animaba a salir a buscar comida para su familia; otras a un niño. Aunque los nenes son los más difíciles, porque siempre se están moviendo y salen caminando o corriendo para lados impredecibles. Pero no había azar en esas elecciones. Por algo pasaban por allí en el momento justo. Por alguna misteriosa razón se paraban delante de la mira telescópica. Tal vez un gesto casual los salvaba: una sonrisa tonta, un guiño, la forma de acomodarse el pelo. De la misma manera, otro gesto cualquiera podía mandarlos al infierno. Por lo menos eso es lo que cuenta

Faulques, el fotógrafo que pasó días enteros retratando a esos cazadores perfectos, y yo le creo.

7 de julio de 2006

Me gusta leer revistas especializadas en armas. Y también consultar los foros de internet. Ahí aprendí a preparar las balas. Se pueden comprar prefragmentadas, pero no es lo mismo. Ahuecar la punta de una bala es una experiencia intransferible. Imagino que los indios tendrían la misma sensación cuando embebían sus flechas en veneno. Es un gesto bello. Es pensar

en la presa antes de salir de cacería. Pocos lo valoran de esta manera.

Preparar las balas es una tarea que realizo a conciencia. Cuando las balas están bien preparadas causan heridas más anchas y contundentes. Al impactar el proyectil se aplasta, la punta se expande y se detiene dentro del cuerpo.

27 de noviembre de 1998

Hoy disparé con el rifle de aire comprimido que mi papá me regaló para el cumpleaños. Parece de juguete, pero no lo es. Lleva unos balines pequeños de metal blando, son como los

taponcitos de atrás de las biromes. Tengo que poner uno por vez. El rifle se abre por la mitad con un crac que lo hace más imponente todavía. Mi daddy es capaz de acertarle a una moneda a cincuenta metros. Esta mañana, antes de irse para el trabajo, me lo demostró. Tomó un pan de jabón y le clavó tres monedas. Luego colocó el jabón sobre un ladrillo en el fondo de casa. Subimos juntos a la terraza y desde allí comenzó a disparar. Las monedas casi ni se veían desde allí, pero en tres tiros las hizo volar por el aire.

Yo también me puse a practicar. Me encanta dispararle a los muñecos de

felpa, tengo una colección que fue creciendo desde cuando era un bebé. Son gatos, perritos, osos, conejos, una jirafa. Me gusta la forma en la que se desparraman cuando el balón les atraviesa el corazón de tela.

19 de febrero de 1999

Maté.

No es tan difícil.

Le apunté durante una hora al loro de doña Tina, la vieja que atiende la verdulería que está enfrente de mi casa. Esperé que su cabeza desagradable se ajustara a la mira. Fallé el primer tiro

porque el pajarraco se movió inesperadamente cuando pasó un auto. El balín pegó contra la pared. La vieja salió a la calle pero no entendió lo que estaba pasando. Esperé que volviera a entrar al negocio. Volví a cargar el rifle de aire comprimido. Ya no había posibilidad de fallar. La cabeza le estalló como una bombita de luz.

Cuando crucé con mi mamá a comprar fruta, doña Tina todavía lloraba.

16 de julio de 2006

Llegó el día. Será a suerte y verdad.

Una pistola y dos cargadores. La idea es bajar en medio de la manada y sorprenderlos. Elegí el sitio con cuidado. Una avenida ancha y transitada dentro de la circunferencia que rodea mi casa.

Media tarde. Bajé del ómnibus. Me di vuelta la gorra para que la visera no me molestara y adopté, como siempre, la posición californiana. Piernas abiertas, brazos extendidos, una mano en la culata y la otra sosteniendo el pulso firme. Tres pibes venían caminando de frente, a unos cien metros. Le apunté al del medio. Un disparo en la cabeza. Y mientras se doblaba, dos más para

asegurar lo seguro. Y seguí. Le pegué en el tórax a una chica que gritaba. También estoy seguro de haberle dado a un hombre de campera marrón que ni se dio cuenta del ataque. Y alcancé a disparar cuatro o cinco veces más pero al bulto. Después, guardé la 380 y me acerqué a la esquina. Justo pasaba el 132, le hice señas y me subí. Tenía las monedas justas para pagar el boleto.

2 de agosto de 2006

El cazador beneficia a la presa con su precisión, con su destreza.

El felino que salta en el momento

exacto y suelta la dentellada que mata al instante no es culpable de su naturaleza.

El cazador ejerce un oficio ancestral, responde sin defraudar a su carga genética. Cuando hunde sus colmillos en la carne caliente, completa su parte en el ciclo vital.

El fiscal no entiende nada. Sólo atina en la comparación. «Es un chacal», dijo. Y es verdad, tengo la impaciencia del chacal, su decisión, sus maneras. Pero es falso que sienta placer al matar. No hay una pizca de perversión en mis actos. Simplemente hago mi tarea. Cumplo mi misión.

El chacal es un animal perfecto:

veloz, ágil, astuto, resuelto. Anubis era un chacal y vigilaba atento el sendero de los muertos. Nadie escapaba a su destino de sombras.

«Un chacal», dijo el fiscal y su insulto suena dulce.

LOS ÁNGELES BAILAN CUMBIA

—Corré, guachín...

Eso le gritaron.

El hombre dudó un momento. Tenía unos sesenta años, vestía un traje italiano de los caros. Ya no tenía el Rolex de oro que lucía en la muñeca izquierda cuando salió de su casa a la mañana, bien temprano, ni el anillo de sello con sus iniciales, ni la cadena con la imagen de Jesús de Nazareth. No conservaba ninguno de sus objetos más queridos, pero no le importaba. Lo

único que no deseaba perder todavía estaba en su poder.

El grito rebotó en la noche como un látigo. Otra vez.

—Corré, guachín...

Un sonido corto y seco, como las órdenes que se les dan a los perros.

Entonces sí, el tipo comenzó a moverse. Primero despacio, como si sus piernas estuvieran presas de algún extraño pudor, y después más rápido, acelerando el ritmo con cada paso. Por unos instantes creyó realmente que lo iban a dejar escapar, que la pesadilla terminaría allí. Se metió por uno de los pasillos que tenía más cerca pensando

que tal vez podía encontrar la salida si lograba perderlos. Intentó vislumbrar las luces de alguna avenida, pero fue en vano. La villa es un verdadero laberinto para quien no la conoce. De noche ni siquiera la policía se atreve a entrar a El Peligro.

Tito le dio una profunda chupada a la pipa de aluminio que acababa de encender y cerró los ojos. «La mezcla está de diez», dijo y lo miró al Tripa con admiración. Esta vez la combinación estaba perfecta: pasta base de cocaína, polvo de limpieza para estirar la dosis, una pizca de vidrio de tubo fluorescente bien molido y un poco de marihuana, el

toque maestro del Tripa. «Él mezclará bien, pero el que consiguió la pasta fui yo», se quejó Nenu. Tito no le dio bola. Ninguno de los tres tendría más de dieciséis años. Aunque eran muy distintos tenían algo en común, parecían miembros de la misma familia. Estaban desarreglados pero limpios. Lucían zapatillas de marca y buenas remeras. Durante unos minutos se pasaron la pipa con rigor democrático, en realidad se trataba de un artefacto armado con un pedazo de antena de televisor. Cuando la ronda terminó, a una orden de Tito sacaron los fierros y fueron a buscar al hombre que acababan de liberar.

Lo mejor que tiene la pasta base es que se llama igual que yo: Francisco, Paco para todo el mundo. La sensación que provoca el paco es breve. Pero es sabido que lo bueno y breve, dos veces bueno. Dura hasta dos o tres minutos casi siempre y llega a cinco o seis sólo las primeras veces. Hay que considerar que un orgasmo también es fugaz, más breve que el flash que provoca la pasta base de la cocaína, pero a quién no le gusta. Además el efecto es veloz como una bala. Una inhalación sólo demora segundos en expandir el placer. Enseguida estallan en el cerebro

bengalas de colores.

Eso sí, es tremendamente adictivo. Por eso aunque la dosis cueste apenas unos pesos, los que se inician en el consumo se quedan delirados con el primero y ya no pueden parar. Es como sacar un ticket al paraíso por dos mangos, por unas monedas locas. Tito es muy capaz de clavarse una docena en una noche. En ese caso, lo barato sale caro. Con la cocaína, en cambio, una vez que se paga ya está. Eso dice Tito cuando anda seco y enojado. Y agrega: «No hay que comprar el verso de que es una droga barata, te juro que podés llegar a perder todo por ella».

Los tres pibes trabajan para mí. Nada más cierto. Se podría decir que laburan para Paco y por el paco. Me gustaría que no hagan juicios morales. Y si van a hacerlos prefiero que no me escuchen más. Me hacen acordar a los boludos que critican a la cumbia villera y después la piden a los gritos para bailar en sus fiestas. Cuando se tiene el estómago lleno y el cuerpo caliente, criticar es muy fácil. Esto es una guerra y si ustedes, los neutrales, no se dieron cuenta, lo lamento mucho. Pero la ignorancia no los pone a salvo. Tampoco los hace menos responsables. Como

dice la Santa Biblia: «Al tibio lo vomitaré». Me encanta esa frase. Mientras ustedes se rascan el higo, estafan o despiden obreros, yo trato de sobremorir. También me gusta esa palabra: «sobremorir», porque en el barrio ya no se puede hablar de sobrevivir. Por lo menos a estos chicos los saqué de la calle. Hice una especie de justicia social. Los pibes andaban locos por la pasta antes de que yo los reclutara. Eran lo que se llama «muertos vivos». No aguantaban ni media hora sin fumar. La pasta base no tiene ni un cinco por ciento de cocaína pero es barata y por eso se hizo popular.

La mayoría de los que fuman son pendejos. Usan unos cañitos de metal huecos. En el fondo del tubo ponen tabaco quemado o marihuana para poder encender y mantener el calor, y así el «polvo mágico» se volatiliza bien. El paco es una mujer fatal. Un solo beso y sos suyo para siempre, le pertenecés. Provoca una compulsión insoportable. Altera el cerebro de tal manera que no se puede parar. He visto a nenitas de escuela primaria prostituirse por dos pesos y a chicos de pantalón corto tirarse debajo de un tren en crisis de abstinencia. Pero todo tiene su lado positivo. Aunque nunca hubiesen

conocido el paco, ninguno de esos mártires modernos hubiese llegado a la mayoría de edad. Convengamos algo: la policía mata más que la cocaína. Como decía antes, lo breve y bueno, dos veces breve.

Cuando los rescaté, Tito, Nenu y el Tripa estaban en cualquiera. Tito llevaba casi una semana sin dormir, paraba en Constitución, en la estación de trenes, y me contó que hasta llegó a hacer asquerosidades sólo para que le habilitaran una dosis. Nenu tenía delirio persecutorio, lloraba todo el tiempo y decía que la cana lo buscaba para matarlo. Y el Tripa para lo único que se

levantaba de la cama era para afanar. Después quemaba la plata en su cañito de antena. Los encontré durante una noche de reviente después de uno de los recitales de Dama Negra. La Dama es mi grupo de cumbia. Porque eso soy yo, un negro cien por ciento cumbiero. Un tipo que zafó por la música. La cumbia me ayudó a salir de la miseria primero y del paco después.

Yo también estuve hasta las manos de pasta. Al principio sólo tomaba de la buena, pero un día, alguien de la banda trajo paco y me fumé dos. Me pegó fuerte, quedé superpila, duro, entero. Tocamos toda la noche y yo estaba como

para comerme a un león. Después empezaron los problemas. Esto hay que tenerlo claro: al final siempre te descontrolás. Nunca termina bien. Es como querer frenar un Fórmula 1 que viene a 300 kilómetros por hora en cinco metros. Seguro te la ponés. Llegué a gastarme cien mangos por noche en esa mierda. Iba por el camino previsible: hospital, cárcel, cementerio. Pero después salí. Claro que tuve que hacer varios tratamientos. Mi vieja me ayudó, me ayudó mucho. Ahora mismo vivo con ella. Y la cumbia también hizo lo suyo. La cumbia te puede salvar la vida.

Así como me ven estoy limpio.

Aunque a veces tengo alguna recaída, estoy limpio. Sigo viviendo en El Peligro, pero tomé mis precauciones. Armé una especie de fortaleza en mi casa. Elevé la altura de las paredes del fondo como dos metros, puse vidrios incrustados en el cemento para que los que quieran trepar se corten los dedos, y rejas por todos lados. También instalé cámaras afuera para saber quién se acerca, quién toca el timbre, quién viene de buena onda y quién viene a buscar bardo. En la casa armé una salita para hacer música. Ahí tengo la computadora con el Pro Tools y equipos de válvula para grabar la voz, el bajo y la

percusión. Y pensar que yo empecé a tocar con un teclado que parecía de juguete, comprado por izquierda. Hasta los dieciocho no tuve uno legal. Ahora cuando vienen los vagos de la Dama no lo pueden creer. No se quieren ir. Nos quedamos tocando hasta cualquier hora o jugando con la Playstation.

La vida podría haber seguido así hasta el final de los tiempos. Componer, grabar, tocar en vivo, subir chicas a la 4x4, aceptar alguna entrevista para la tele pero sólo para cagarme en los estúpidos que te ponen cartelitos a su antojo, y fuckear a los que dicen que mis letras hacen apología del delito. Si serán

boludos, yo vivo en el delito y cuento lo que veo. No entienden nada. No importa. Lo que quería contar es que la vida podría haber seguido así hasta que urbanizaran el barrio, es decir hasta nunca jamás de los jamases. Pero nada dura en la villa, y menos si es algo bueno.

Cuando empezó la pelea entre las bandas se me ocurrió adoptar a los angelitos. Así los llamaba, por aquello de «los angelitos de la guarda». Mi abuela hablaba de espíritus puros que te cuidan cuando sos chiquito. Los angelitos evitan que te caigas de un árbol o te dan un empujoncito para que

no te pise un auto. Eso decía mi abuela Delia. Y eso era lo que yo necesitaba, en especial después que mataron al Tano Rizzo.

El Tano era nuestro manager, el primer chabón que se dio cuenta de que nosotros hacíamos algo diferente de todo. El Tano entendió que el sonido de la Dama Negra no sólo era cumbia, era canción testimonial, grito de revancha, rencor concentrado. ¿Por qué mierda habré nacido aquí? ¿Por qué no puedo ir a la escuela? ¿Por qué los ratis me persiguen? ¿Por qué me pegan? ¿Por qué tengo que ir a cirujear? ¿Por qué me violan? Porqués de todos los colores, en

especial negros. Y después, cuando las preguntas sin respuesta se asientan en el fondo del corazón, es posible levantar el orgullo de origen y hacer música. Eso habíamos inventado, lo que después la gilada llamó cumbia villera y se extendió como fuego sobre la paja seca. Y fue el Tano el que se avivó antes que nadie.

De la pelea de las barras que hacen el aguante en los recitales compartidos a los cruces entre los músicos no pasó ni una semana. La bronca más grande se daba con Flor de Cardo, una banda de Ensenada, que sonaba bien pero sin tanto contenido en las canciones. El

Tano los había cagado feo cuando logró que nosotros firmáramos por tres años con el sello discográfico con exclusividad y agregó una condición genial: en el año de lanzamiento de cada cedé de la Dama, las otras bandas se tenían que callar, es decir no podían grabar. Después de todo, nosotros éramos la versión original. Por un instante, imaginé la bronca que iba a levantar, pero nunca pensé que llegarían a boletearlo por eso. Lo emboscaron en el microcentro. Me contaron que el Tano salió tranquilo de un banco y que cuando vio la moto que se le venía de contramano pensó que lo iban a afanar.

Pero no, el tipo que venía detrás del conductor sacó un arma y le pegó un tiro en la cabeza. No lo bolsiquearon ni le llevaron la billetera ni nada.

Juro que lo lloré como si fuera mi papá. El Tano Rizzo me había inventado. Me había sacado de la mugre. Después que lo enterraron ni siquiera lo consulté con los muchachos, no quería explicar nada y temía que intentaran convencerme. Entonces llamé a los angelitos. Los pibes eran mis espíritus puros. Tito, Nenu y el Tripa ahora comían todos los días, tenían ropa limpia, un refugio decente y todo lo que podían necesitar. Pero tenía que

utilizarlos pronto porque la adicción les había puesto fecha de vencimiento. Esa misma noche el productor de la Flor apareció muerto en uno de los pasillos de la villa. A diferencia de lo que había pasado con el Tano, le habían afanado hasta los zapatos.

Con ese crimen empezó una historia de muerte que debíamos cortar de alguna manera. La pelea nos estaba jodiendo a todos. Se suspendieron presentaciones y en las radios censuraban nuestros temas; en los diarios pasamos de la sección de Espectáculos a la de Policiales; hubo redadas en la villa y la compañía suspendió la grabación de un cedé que

estaba contratado. Nosotros metemos cinco mil personas por presentación, imagínense. Yo no puedo parar, lo único que sé hacer es cumbia. Si paro me hago pelota, vuelvo a la merca, al paco, caigo y no me levanto más. Y no lo digo sólo por mí: la gente de las luces, los de la organización, los músicos y sus familias, ellos tampoco pueden parar. Por eso llamé a los chicos otra vez.

Tito, Nenu y el Tripa no parecen peligrosos y eso me fascina. Son flaquitos, pequeños, casi insignificantes. Cuando uno los ve juntos, dan la sensación de que se los podría ahuyentar de un cachetazo, como se espanta a las

moscas. Son perfectos. Los cité en mi casa y les expliqué la situación con la mayor claridad que pude. Les dije que si la guerra no terminaba todo se iba a la mierda. Que si la cosa no volvía a ser como antes, ellos mismos acabarían otra vez durmiendo en la estación de trenes, afanando o prostituyéndose por una dosis. Tito me pidió permiso para prender la pipita de antena: «Eso no va a pasar, nosotros lo vamo' a arreglar», dijo, «esos tipos no vuelven a cantar». No hizo falta decir más. Les preparé un bolso con paco y plata como para un año y les dije que no quería verlos nunca más, que de esta manera quedábamos a

mano. Nos abrazamos con fuerza y para espantar la tristeza nos tomamos unas cervezas.

Tito, Nenu y el Tripa llegaron al cumpleaños cerca de la medianoche del 4 de febrero. Entraron sin problemas, la fiesta era en una casa del barrio Tubio, en Laferrere, y las puertas estaban abiertas a todo el mundo. La hermana del cantante de Flor de Cardo festejaba sus quince años en un fondo con piso de tierra, árboles frutales y una pileta a medio terminar. La banda entera estaba allí y, más allá del baile desenfrenado,

del vino y la porquería que corría como un río desbordado, la expectativa estaba puesta en los músicos. Hacía un par de meses que no tocaban en vivo y nadie dudaba de que ese era el mejor regalo que podían hacerle a la homenajead, una gordita de tetas grandes y mirada pícaro.

Después del vals que enseguida devino en cumbia, la gente empezó a ponerse impaciente: «¡Flor, Flor, Flor!», empezaron a alentar. A una seña invisible para el resto de los presentes, unos plomos comenzaron a instalar los equipos de sonido y acomodaron los instrumentos. Tito vio cómo los cuatro

músicos del grupo se metieron en una de las habitaciones, tal vez para cambiarse. En general ellos utilizaban la misma ropa en cada show, siempre con tonos verdes y una estética de púas y pinchos. A Paco le parecía un horror pero al Tripa le gustaba ese look lineal y agresivo. Lo entendía. Los angelitos se miraron y comenzaron a atravesar la maraña de invitados hasta alcanzar el living de la casa. En unos minutos quedaron frente a la puerta de la habitación. Una rubia teñida les dijo que si querían autógrafos tendrían que esperar a que la banda terminara de tocar. Los chicos asintieron tímidamente

y le sonrieron. Cuando la mujer se fue hacia el patio, a un gesto de Tito sacaron los fierros, las tres pistolas nueve milímetros que alguna vez pertenecieron a la policía los hacían más pequeños todavía. Nenu abrió la puerta de una patada.

La prensa llegó a preguntarle a Paco por la matanza en el cumpleaños de Laferrere y el músico aseguró que estaba espantado. Luego para distender salió con una de sus muletillas:

—Yo, Johnny. Ya no me llamo Paco. El paco es malo para todos. Ahora soy

Johnny. Yo ni me meto. Sólo hago
cumbia.

PELUSA DUERME EN EL SILLÓN

Pelusa duerme en el sillón. Le gustaría tener una habitación para ella sola. Le gustaría por lo menos tener una cama para ella sola. A los quince años, le gustaría tener algo para ella sola. Pero le tocó ese sofá que durante el día funciona como trampolín para los saltos de sus hermanitos. Tiene tres. Los mellizos, que ahora duermen en un colchón junto a la ventana y son como dos monitos. Entre sueños, cada tanto se intercambian un manotazo o una patada y

durante el día ríen o lloran por nada, pero siempre juntos y al mismo tiempo. Todavía no cumplieron los dos años. Y está Claudio, que tiene doce. Claudio, que siempre la está mirando. Como en este instante, en la penumbra del departamento de dos ambientes. Él se acomoda en una bolsa de dormir, cerca de la puerta. Y la mira. Desde que Pelu tiene memoria, Claudio no se pierde ninguno de sus movimientos.

En el otro cuarto duerme su madre. Se llama María Rosa. A ella también le pusieron Rosa, pero todos le dicen Pelusa. Le contaron que cuando era bebé tenía poquito cabello, apenas una

pelusita y le quedó Pelusa, la Pelu. A Rosa no le gusta el apodo pero sabe que hay cosas que no puede cambiar aunque quiera.

—Clau, ¿qué te pasa? ¿No podés dormir?

Su hermanito sólo le devuelve silencio. La Pelu insiste.

—¿Tenés miedo?

—No, mirá si voy a tener miedo.

La voz sale desde adentro de la bolsa de dormir.

Recostada en el sillón, Rosa apenas puede distinguir los mechones del pelo

de Claudio, pero adivina sus ojos negros abiertos y fijos.

—¿Querés que te cuente el cuento de la buena pipa? —propone Pelu.

—No me jodas con eso...

—Yo no te dije «no me jodas con eso», te pregunté si querés que te cuente el cuento de la buena pipa...

—Pelu, por favor...

—Yo no te dije «Pelu, por favor», te pregunté si querés que te cuente el cuento...

Su hermano resopla fastidiado y por eso se detiene.

—Bueno, no te enojés...

Rosa sabe que es difícil hacer reír a

Claudio. Además a la noche, cuando su madre los obliga a apagar la luz, parece otra persona. Es como si en la sombra anidaran temores incomprensibles para ella.

—Hay fantasmas acá... —la voz contiene un dejo de resignación.

—No seas idiota, Claudio, los fantasmas no existen.

La conversación se repite dos o tres noches por semana.

—No te digo en este departamento, pero en el complejo hay fantasmas. Yo vi a uno en el nudo 6. Es un gordo pelado que anda en pijama...

La Pelu contiene la carcajada como

puede, no quiere que su hermano se enoje.

—Acá hay de todo menos fantasmas. Tenemos chorros, drogones, putas, travestis y vos te asustás de los fantasmas.

—Hoy lo vi otra vez. Estaba sentado en la escalera. Me apuntó con la mano como si fuera a dispararme y dijo: «Bang, Bang... estás muerto». Entonces salí corriendo...

—¿Querés venir acá conmigo?

La invitación hace que el chico salga disparado de la bolsa y de un salto termine abrazado a su hermana. La escena se reitera tan seguido como la

conversación sobre los fantasmas. El final también es similar: después de defender la veracidad de sus visiones, Claudio se duerme enseguida.

Los miedos de su hermanito se habían disparado con la llegada a Buenos Aires, hacía tres años. En Pergamino, donde habían nacido, no sabían de terrores ni de hacinamiento aunque también vivían con lo justo. De una casa de material con fondo de tierra, limoneros y gallinas, habían pasado a un pequeño departamento en el barrio Ejército de los Andes, el sitio al que todos llaman Fuerte Apache por su parecido con el Far West.

El barrio fue rebautizado por un periodista después de cubrir un espectacular tiroteo entre policías y ladrones. Está situado en el partido de Tres de Febrero, en Ciudadela Norte. Formó parte de un plan destinado a la erradicación de villas miseria. Fue diseñado y construido por la dictadura de Onganía en un terreno de 26 hectáreas que el Ejército le donó al Estado Nacional. Originalmente constaba de veintidós edificios distribuidos en tiras de planta baja y tres pisos. Después vinieron sesenta y cuatro más. Las torres más altas, de diez pisos, conforman los denominados «nudos»,

que están unidos entre sí por pasarelas. Estaba previsto para veintidós mil personas pero viven noventa mil.

Los primeros vecinos llegaron de la Villa 31. Apenas se instalaron, comenzaron a llamar al complejo Barrio Padre Mugica. Era un homenaje al llamado sacerdote de los pobres, un cura que trabajó con ellos en el asentamiento de Retiro hasta que lo asesinaron los militares, pero el nombre no quedó. Padre Mugica no pudo contra Fuerte Apache. Todo esto se lo contó a Pelusa la señorita Doris, su maestra de la escuela N° 2 de Villa Real. Muchos pibes del barrio iban a esa escuela

ubicada del lado de la Capital Federal, cruzando la avenida General Paz. Incluso algunos de sus compañeros de curso mentían cuando les preguntaban en qué barrio vivían. «No hay que culparlos, también los pobres son prejuiciosos», le decía la señorita Doris.

Cuando recién llegaron al complejo todo era alegría para la familia Medina. Todavía no habían nacido los mellizos, y para Pelusa y Claudio el departamento parecía un palacio. Su madre limpiaba casas y su padre había conseguido un

aumento de sueldo con el traslado a una comisaría de Vicente López. Pelusa no recuerda cuándo cambió todo. Con la crisis de 2001, su mamá conseguía cada vez menos trabajo y a su padre tampoco le fue mejor. Tuvo problemas con un chico baleado en un enfrentamiento y durante varios meses estuvo suspendido. «Me colgaron un muerto», decía. «Esos hijos de puta me colgaron un muerto.» A Pelu le costaba entender esa frase, lanzada con odio por su padre. Enseguida pensaba en alguien colgado por el cuello a la rama de un árbol, como se ve en las películas del Lejano Oeste. Tal vez en el Fuerte eso fuese

posible.

—¿Por qué te creés que estoy en este puesto, Medina?

—No sé, comisario...

—Hacé un esfuerzo... pensá, boludo, pensá...

—Porque hace las cosas bien...

—Ahí me gusta más. Hacer las cosas bien, ese es el secreto de este laburo, Medina. O vos te creés que nunca me tuve que ensuciar las manos. Que nunca maté a nadie. Claro que lo hice. Y en situaciones más confusas que las del operativo que hicieron ustedes en Tigre.

Pero tomé mis precauciones, Medina. Cada vez que tuve que meter las manos en la mermelada, me las limpié con mucho cuidado. Me cubrí el culo, ¿entendés? Eso es lo que no hicieron ustedes...

—Pero el pendejo nos había mejicaneado, jefe...

—¡Parece que no entendés nada, negro de mierda! Te estoy explicando que el problema es la forma en que se cargaron al tipo, no que lo hayan boleteado.

Medina se quedó en silencio, avergonzado. La Bonaerense había sido su vida durante veinte años y él siempre

había cumplido ese código no escrito que aventaba problemas.

—Ahora hay que esperar. No creo que por esto se queden afuera de la Fuerza pero hay que cumplir el reglamento. Hay muchas presiones del gobierno. Por ahora están en disponibilidad y se la tienen que comer doblada.

El suboficial Medina siempre había tomado mucho, pero desde el problema con el muerto no podía salir de su casa sin unas copas en el cuerpo. Por lo menos un par de días por semana no

volvía a dormir al departamento de Fuerte Apache. Decía que no soportaba estar allí y que tenía que viajar a Pergamino, donde pensaba abrir un negocio. Varias veces llegó a golpear a su mujer a la vuelta de alguna borrachera. Claudio y los mellizos se ponían a llorar cuando empezaban los gritos y la Pelu los ubicaba a todos en su sillón y los tapaba con una frazada hasta que terminaba la pelea. Su padre parecía otra persona. Cuando volvió al trabajo la vida de todos mejoró, pero sólo por un tiempo. Medina igual pasaba la mitad de la semana fuera de la casa. Una tarde Claudio lo siguió. Era un pibito, pero

conocía la calle mejor que la mayoría de los chicos de su edad. Pagó el pasaje con sus ahorros y tomó el micro en Retiro, justo después de que lo hiciera su papá.

—Tiene otra casa...

Estaban acostados. La voz de su hermano, como siempre, brotaba de la bolsa de dormir.

—Claudio, no digas boludeces — trató de disuadirlo.

—Tiene otra mujer y un hijito, yo los vi — insistió Claudio.

—Sí, y pasean en pijama por el nudo

6...

Claudio permaneció en silencio. Fue su hermana la que volvió a hablar.

—Está bien, perdóná. ¿Cómo lo sabés?

—Fui a Pergamino. Tiene una casa cerca de las vías. Va todas las semanas, cuando no viene acá.

Pelu permaneció callada un rato largo y después intentó tranquilizarlo.

—Tal vez sea mejor. Cuando no viene todos estamos mejor... ¿o no?

Su hermano no respondió y Pelu pensó que se había dormido.

La primera vez que Claudio vio al gordo pelado, fue un día de lluvia en el quiosco que está ubicado en la entrada del nudo 14. Pidió veinticinco centavos de caramelos masticables y cuando se dio vuelta, el tipo estaba parado allí, rascándose la cabeza y mirando los paquetes de cigarrillos como si estuviese a punto de pedir uno. Claudio esperó unos minutos y se dirigió al quiosquero.

—Don Juan, ¿no lo atiende al señor...?

—¿A qué señor, pibe?

No dijo nada más y giró la cabeza despacio. El gordo ya no estaba detrás de él. Se alejaba por el pasillo arrastrando los pies. Estaba en pantuflas y pijama.

Otro día se lo cruzó en una de las escaleras. El ascensor no funcionaba y se decidió a subir hasta su piso a la carrera. El corazón casi le dio un vuelco cuando se topó con el tipo en uno de los descansos.

—¿Viste a mi hijo? —le preguntó el hombre.

—No, no sé quién es su hijo —respondió Claudio, cuando pudo sobreponerse del susto.

—Le dispararon —dijo el hombre —, le dispararon por la espalda, pobrecito.

Claudio se disculpó por no tener ningún dato para darle y salió corriendo escaleras arriba. Los días siguientes le preguntó a varios de sus amigos por el gordo pelado, pero nadie sabía nada. Ramón, el cartero que vive en el quinto B del nudo 6, le dio una pista.

—El único gordo pelado que vivía por acá era Santiago Roncaglia, pero se murió hace dos meses. Le dio un ataque al corazón cuando le avisaron que a su hijo lo había matado la policía. Tenía dieciséis años el pibe. Como era viudo

se quedó solo y ya no pudo reponerse. Se dejó estar. Algunos días ni se podía levantar de la cama. Hasta abandonó su puesto en la fábrica. Para mí que se murió de pena.

Cuando Antonio Medina se deja ganar por la ginebra, se vuelve violento e imprevisible. En esos días es mejor que no esté en ninguna de sus dos casas. La mano se le pone fácil y el sexo ardiente. Necesita demostrar quien manda. Necesita demostrar que controla su suerte. Tiene una sed que ningún alcohol logra saciar. Pelusa lo sabe más

que nadie. En esas noches, entra al departamento tratando de no hacer ruido. Se mete en el baño y al rato la llama, suavemente.

—Rosita, vení —susurra.

La Pelu no se hace esperar. Abandona el sillón de inmediato tratando de no despertar a sus hermanos. Su padre ya está bajo la ducha.

—Traeme una toalla —le indica, mientras termina de bañarse.

La Pelu va hasta el armario de la habitación y comprueba que su madre duerme o finge dormir para evitar una nueva pelea. Toma un toallón y vuelve al baño. Su padre está desnudo, parado

frente al espejo. Parece cansado. Tiene los ojos enrojecidos y aliento a vino.

—Secame —le pide.

El ruego suena como una orden. La Pelu comienza la tarea que ya hizo otras veces. Le seca el cabello, la espalda, el pecho, la barriga, las nalgas y las piernas con un cuidado propio de María Magdalena ante la figura de Jesús. Trata de no hacer ruido. Sabe que la tarea tendrá el resultado de siempre. Su padre, el suboficial Antonio Medina, tendrá una erección. A pesar de la borrachera que le nubla el corazón y la cabeza, tendrá una erección. Y ella se dejará dar vuelta. Levantar la camiseta,

bajar la bombachita rosa que su madre le compró en la Feria de La Salada y se dejará penetrar, llorando bajito, procurando que nadie escuche los gemidos de su padre.

—Es como si se me metiera el diablo en la sangre, hermano, pierdo totalmente el control —dice Medina, y llora—. Lloro con hipos. Lloro como si fuera un chiquillo arrepentido.

—Tenés que comprar el Manto de la Salvación y venir el próximo sábado a la ceremonia del Perdón. Es la única manera de que puedas recuperar a tu

familia, hermano...

La voz resuena en el templo vacío con un tono solemne. Fernando Arantes Da Silva nació en un pueblo del interior del Estado de Santa Catarina. Durante veinte años vendió chucherías en las calles de Río de Janeiro, hasta que Dios y la Iglesia de la Salvación le cambiaron la vida. Llegó a la Argentina con el rango de reverendo hace diez años. Desde entonces, se convirtió en el principal guía espiritual de las atormentadas almas de Fuerte Apache.

—Aquí estaré —promete Medina, mientras saca del bolsillo del uniforme algunos billetes arrugados y los deja

sobre la silla.

No sabe bien qué lo despertó. Si el ruido de la puerta del baño al cerrarse o las voces que salían de allí. Enseguida le pareció reconocer el llanto de su hermana. Para Claudio, la bolsa de dormir es un refugio. Una casa dentro de la casa. El único lugar más apacible que ése son los brazos de Pelusa. Ahí no tiene miedo. Cuando era más pequeño, ante cualquier susto corría a la cama de su mamá, pero eso fue hace mucho, cuando la habitación de sus padres no se había convertido en un campo de

batalla.

Sacó la cabeza para escuchar mejor. Sobre la mesa pudo ver la gorra de su padre y la pistola reglamentaria enfundada en la cartuchera de cuero. Miró hacia el baño y vio cómo la luz encendida se colaba por el marco de la puerta mal cerrada. Se incorporó de un salto y caminó descalzo hasta la mesa. Tomó el arma y le quitó el seguro. Había visto muchas veces cómo su padre liberaba la pistola de su encierro. Se acercó al baño. Parado junto a la puerta, pudo escuchar mejor.

—No es nada, chiquita, no es nada, no llores...

Empujó la madera con el caño de la nueve milímetros, que sostenía con las dos manos. Cuando la puerta se abrió, jaló el gatillo una, dos, tres veces. El suboficial Medina no alcanzó a sorprenderse. Los primeros impactos lo arrojaron contra los azulejos.

La Pelu salió del baño gritando.

Claudio se acercó al cuerpo que se desangraba abrazado al inodoro y siguió disparando.

ESTA BOCA ES MÍA

La operación no tiene ningún misterio. Hay que pasar el hilo de afuera hacia adentro atravesando el labio inferior y de adentro hacia afuera por el labio superior. Es como coser cualquier tela. Luego a las dos puntas se les da una vueltita o se las ata. Conviene suturar por la mucosa. Coser el interior de la boca es menos doloroso que perforar la piel. Tres puntos son suficientes. Uno sobre cada costado y el otro en el medio. Hay que dejar un espacio para que entre la bombilla del mate. Por esa vía se puede hidratar el cuerpo cuando

pasen los días. Ahora bien, si la medida de protesta es extrema, lo mejor es dar cinco puntadas. Cinco puntadas o seis, y a otra cosa.

—Por fin tapaste la cloaca, pendejo.

—Con los labios así fruncidos, parecés un dibujito animado.

Eso le dicen los guardias a Ricardo Daniel Villegas, alias el Perro, diecisiete años recién cumplidos, cincuenta kilos distribuidos en un cuerpo largo y delgado.

—La próxima vez, si querés ver al juez, te vas a tener que zurcir el culo, maricón.

Eso le dicen los guardias. Y más. Cada dos o tres frases le sueltan un «negro de mierda», también. Como para que no olvide su origen ni su destino. Es curioso. Por el color de la piel, levemente aceitunada, los ojos marrones, el pelo negro y lacio, los tipos podrían ser sus primos. Parientes o no, lo insultan sin ninguna contemplación. Se burlan y golpean con sus bastones la puerta de la celda. No parecen impresionados por la decisión tomada por el Perro. Han visto el resultado de esa operación artesanal muchas veces. En la Casa de Piedra, la cárcel más violenta de la Argentina, se

la conoce como la señal de los desesperados.

El chico permanece sentado en el piso. Mira a los guardiacárceles sin hacer el menor gesto. Sus labios sellados son una obviedad sanguinolenta. Los fusila con los ojos. Desde niño, la mirada del Perro fue el mejor vehículo para su rencor. De esa manera, odiosa y desafiante, miró al presidente del Tribunal Penal de Menores que lo condenó a prisión perpetua por nueve delitos graves, entre ellos los asesinatos de un policía y de un

repartidor de cerveza.

Reclusión perpetua. La frase le quedó sonando en la cabeza. A los miembros del juzgado no les importó su edad, su físico de alfeñique al que cualquiera se le animaría, el llanto de su madre en la sala de audiencias, los planteos de la defensa.

—Es inmaduro, con rasgos psicopáticos, impulsivo y agresivo. Es un poliadicto con baja tolerancia a la frustración. No se muestra arrepentido de sus actos. En pocos meses se ha convertido en el exponente más violento de una generación de delincuentes juveniles. Para garantizar la tranquilidad

social y por su propio bien, es necesario mantenerlo alejado de la sociedad — había dicho el fiscal.

Y otra vez la frase del juez rebotó en su cabeza como la piedra de un sonajero. Reclusión perpetua.

Al Perro no le gusta hablar de las dos muertes que carga. Las menciona como si le fueran ajenas. Lo del policía siempre lo rechazó de plano. «No fui yo quien disparó», repetía, con la mirada perdida. Sólo en confidencia y para sus íntimos, llegó a señalar al matador: Juan Simón. La Negra Simón era un rufián del

barrio San Martín con el que alguna vez formaron equipo. A Simón le decían la Negra por el color de su piel y los rasgos finos de su cara. El cabello largo hasta la cintura, que solía acomodar en una trenza, proponía una ambigüedad sexual que se disipaba sólo al escucharlo hablar. La Negra tenía una voz áspera que le otorgaba la masculinidad que le negaba su aspecto delicado. Además tenía un modo desalmado de actuar, era osado y violento.

La Negra y el Perro entraron al delito juntos y casi jugando. Desde los trece años rapiñaban comercios e

inhalaban pegamento hasta caer desmayados. Entre los dos levantaban autos que terminaban desguazados y organizaban arrebatos en la peatonal mendocina. Nunca se separaban. Es difícil precisar por qué razón, apenas unos años después de aquellas aventuras, se convirtieron en enemigos acérrimos. Tal vez un vuelto mal repartido o la disputa por una mujer que no debieron compartir. Con todo, el Perro nunca acusó a la Negra. «Que te encanen por uno o por dos muertes es la misma mierda», decía, para desesperación de su abogado.

Recordar el otro asesinato sí lo

amargaba: «Lo del repartidor fue una boludez, el comienzo de mi desgracia», decía. La frase «el comienzo de mi desgracia», parecía salida de un culebrón mexicano. Pero en el caso de Villegas era una afirmación irrefutable. Cuando se arruinó con esa muerte, tenía quince años y todavía no le decían el Perro. El apodo vino después, cuando lo detuvieron por primera vez y casi le arranca un dedo a un policía con una dentellada furiosa.

El repartidor tenía veinticuatro años y dos hijos pequeños. Eso el Perro lo supo después, al otro día del robo. El diario decía que había empezado como

ayudante en la distribuidora de bebidas, pero en apenas unos meses le habían dado un aumento y la conducción del camión de reparto.

Lo que el Perro sí tenía bien estudiado era que dos veces por semana el tipo pasaba por el barrio justo a las tres de la tarde y paraba en el supermercado chino para entregar las botellas. Trabajaba solo. Estacionaba frente al local, bajaba de la cabina de un salto, descolgaba una pequeña carretilla y cargaba cuatro o cinco cajones con cerveza. Casi siempre usaba una camisa azul y un pantalón vaquero muy gastado.

El Perro había controlado el tiempo.

El tipo demoraba unos cuatro minutos entre que llevaba los cajones hasta el costado de las cajas registradoras, cobraba y volvía a salir con los envases vacíos. Además le habían dado un dato de oro. El flaco, aunque bajaba con una billetera que sobresalía del bolsillo delantero de su camisa, iba dejando la plata grande, los billetes de cien y de cincuenta, escondidos en la guantera del camión. Parece que tenía miedo de que lo afanaran adentro de algún boliche.

El Perro no dudó. Era pan comido. Sólo había que subirse al vehículo cuando el chofer bajara, abrir la guantera, levantar la plata y salir

disparado en dirección a la villa. Para no compartir un botín tan dulce, no le dijo a la Negra que saldría a la pesca esa tarde. Además ya habían comenzado los cortocircuitos entre ellos, provocados por la muerte del policía, y la ruptura de la sociedad era inminente.

En general, el Perro se movía con una navaja. Un arma pequeña y fácil de ocultar debajo del cinturón o en las medias. La había heredado de su tío. El viejo la usaba para afeitarse y el Perro decía que la tenía siempre encima para afeitar a los giles. El que andaba siempre calzado era su compañero: la Negra prefería la ferretería.

Cosas del destino. Dos días antes del golpe al repartidor, al Perro le entregaron una Browning nueve milímetros que él mismo había mandado a robar. Era su primera pistola de verdad. Una máquina tremenda a la que sólo podía dominar con las dos manos. Se pasó toda una tarde disparándole a cualquier cosa en una chacra abandonada, en las afueras de la ciudad. Era como tener un cañón justo al final del brazo. Aunque su puntería no era la mejor y todavía no se había acostumbrado a su peso, el día del robo decidió llevarla encima.

Todo pasó demasiado rápido. El tipo llegó al local y se bajó del camión como siempre. Viernes, hora de la siesta. En la calle no había nadie. El Perro salió disparado en dirección al vehículo. Trepó a la cabina por la puerta del conductor como si fuera un gesto que hiciera todos los días. Abrió la guantera y no encontró más que una radio portátil, los documentos del auto, una libreta con el detalle del reparto y una estampita de San Cayetano que se guardó en el bolsillo de la camisa. Siguió buscando durante unos segundos y nada. Comenzó a desesperarse. Revisó el cubresol y no encontró más que unos recibos de la

patente. Estaba por bajarse con las manos vacías, cuando se le ocurrió fijarse debajo del asiento. Allí encontró el premio buscado: un sobre de papel madera con cuatro billetes de cien y uno de cincuenta. Esperaba un poco más, pero tampoco estaba mal. Se guardó los billetes y dejó el sobre en el lugar en que lo había encontrado. Cuando estaba por bajarse escuchó el grito:

—¡Dejá eso, hijo de puta!

Levantó la cabeza en el mismo momento en que el repartidor alcanzaba a abrir la puerta del acompañante con la cara desencajada por la bronca.

Mientras termina de sellarse los labios con cuidado de abuela, el Perro todavía se pregunta por qué no escapó. Con el buen tranco que tenía por entonces, nunca lo hubieran alcanzado. Es más, ahora recuerda que ni siquiera lo pensó. En ningún momento dudó sobre lo que tenía que hacer. Sacó la nueve milímetros del bolsillo de la campera y apuntó. El flaco hizo una mueca extraña con la boca, también frunció un poco la nariz, tal vez intentó decir algo, pero no pudo. El disparo le impactó en el pecho. El cuerpo del repartidor voló hacia atrás y quedó tendido boca arriba en la vereda. El

Perro ni lo miró, bajó del camión y se fue a la carrera. Lo último que escuchó fueron los gritos del chino. Pero al chino del mercado nunca se le entendía nada de lo que decía.

Con una aguja es más fácil. Se puede utilizar cualquier tipo de aguja. No hace falta asaltar la enfermería, con la ayuda de un familiar o de un amigo alcanza. ¿Quién no tiene una aguja en la casa? Sólo tienen que hacerla entrar al penal. Y si nadie te consigue una, la podés inventar. Se puede fabricar con cualquier pedacito

de alambre. Hay que aplanarle la punta con algunos golpes y después, al extremo que quedó chato, le hacés un agujero con un clavo. Luego hay que limar otra vez el extremo aplanado para que recupere su forma original. Claro que ahora tendrá un ojo en el medio por donde pasar el hilo o el alambre.

El Perro se fugó una vez pero ahora es imposible. De la Casa de Piedra se sale por la puerta principal, ésa que tiene un cartel que dice Penitenciaría, o «con las patas para adelante». Eso

cuentan los presos más antiguos y saben de qué hablan. En dos años, entre suicidios y asesinatos, murieron dieciséis reclusos. El penal fue construido en 1905 y está rodeado por un muro de piedra de 6 metros de alto por 70 centímetros de espesor.

El Perro se fugó una vez, pero de una comisaría, la 5ª. Todavía hoy algunos botones se lo quieren cobrar. Y se escapó sólo porque los policías mendocinos son como de película cómica. Lo habían detenido de una forma estúpida, en una razzia de rutina en un cabaret. Lo levantó una patrulla de Moralidad porque era menor. Cuando

llegaron a la seccional y lo identificaron, los agentes se pusieron como locos. Al otro día, el jefe de la policía provincial llamó a una conferencia de prensa. «El delincuente juvenil más peligroso del país está preso. Fue detenido en un espectacular operativo de fuerzas combinadas», anunciaron por la tele.

Dos horas antes de la reunión de prensa que iba a garantizar por lo menos media docena de ascensos, el Perro se fugó de la comisaría de una manera insólita. Como no lo podían meter en el calabozo porque era menor de edad, lo dejaron esposado a un radiador de la

calefacción. El Perro jugó con la cadena hasta que logró desengancharla de la estufa. Lo cierto es que cuando lo fueron a buscar para trasladarlo al Penal de Menores ya no estaba. Al comisario de la 5ª lo relevaron ese mismo día y hubo sumarios para todo el mundo. Nunca le perdonaron esa fuga.

El problema de las agujas caseras es que las heridas casi siempre se infectan. Por más que las laves siempre arrastran alguna porquería. Lo mejor es hervirlas o meterlas en lavandina. Pero a veces no se puede.

Por eso el Perro siempre la pasó muy mal adentro. Lo tenían confinado a una celda de 1,30 por 2 metros, con una ventanita desde donde sólo se podía ver un pedacito de cielo. Se quedaba allí adentro casi todo el día. Las dos veces que intentó salir al patio para fumar y caminar, otros presos lo agredieron. Primero fue una paliza y luego un puntazo en el estómago. Durante un tiempo estuvo cargando una bolsita con sus excrementos. Su abogado defensor sospechaba de la policía, pero las autoridades del penal argumentaron que las peleas eran producto de algún ajuste

de cuentas entre delincuentes. Decían que el Perro había robado a familiares de otros detenidos cuando estuvo libre. Que no tenía códigos.

Después lo pasaron a un pabellón de adultos. Fue una locura, allí no podía ni moverse. Desconfiaba de todo el mundo. Además los guardias no le respetaban la dieta ordenada por los médicos del hospital y se le agravaron los problemas intestinales. Salvo cuando había inspecciones y se esmeraban un poco, la comida era un asco. El Perro contó que una vez encontró la cabeza de una rata en el guiso. En tres meses bajó diez kilos.

Cuando se tienen agujas de verdad, se puede utilizar cualquier tipo de hilo. Puede ser de nailon o de envolver. Lo ideal es contar con hilo de sutura médica. En estos casos ni siquiera quedan cicatrices. Pero lo ideal no existe en la cárcel. Cuando no hay hilo, lo que funciona bien es el alambre finito de las escobas.

Sus familiares pidieron el traslado inmediato, pero nadie los escuchó. A sugerencia del abogado, el Perro mandó cartas a la prensa y exigió ver al juez.

Ricardo Daniel Villegas nunca en su vida había pedido nada, pero esa vez rogó por su suerte. «Señor juez, si me deja acá adentro me van a matar», explicó. Ante el silencio de la justicia y por consejo de Juan Fortuna, el único preso de los viejos con el que hablaba, decidió comenzar con la huelga de hambre que lo llevó a la enfermería.

—Esta boca es mía y hago lo que quiero —le dijo al médico—. Si total no me dejan hablar. No puedo defenderme. Cuando grito nadie me da bola...

—Pensalo bien, no hagás una tontería, pibe. Esas cosas terminan mal, te vas a infectar...

—Yo ya estoy infectado, tordo. De chiquito estoy infectado.

El doctor Raúl Bortoloni trabaja con presos desde hace veinte años. «Soy conserje sanitario en el infierno», suele afirmar. Dice que está más curtido que muchos de los condenados a los que atiende. Sin embargo, ese día sintió una pena profunda por ese chico que lloraba sentado en la camilla de la enfermería. Asegura que trató de disuadirlo, pero fue en vano.

Cuando lo ves, es impresionante pero te aseguro que no duele. Te juro

que no duele. Más duele el alma por el encierro, más duelen las humillaciones de cada día, los recuerdos de la infancia, las vejaciones a las que te someten los guardias. La aguja no duele. Y si lo hacés con cuidado, los labios ni siquiera sangran.

Diez días estuvo el Perro con la boca cosida y sin comer. Parecía que tenía los huesos dibujados en la piel. Para peor, la huelga fue un fracaso. El juez se negó a darle una audiencia y la prensa no publicó una sola línea sobre la protesta. No consiguió nada. Nada de

nada, salvo otra temporada en el hospital.

—No aceptamos presiones. Yo acá vi de todo. A veces se ponen como locos y hacen barbaridades: se tragan hojitas de afeitar, se inyectan mierda en los pulmones, se cortan los brazos y se cosen la boca. Si les damos bola es peor, porque después hacen algo más grave para llamar la atención y pueden terminar mal. Y antes que nada, señora Villegas, nosotros tenemos que preservar la vida de los detenidos.

Marcelo Pando, el director del penal, fue el encargado de explicarle la situación a Cristina, la mamá del Perro.

Cuando se enteró de la huelga, la mujer lo esperó dieciocho horas en la puerta del penal hasta que aceptó recibirla.

Cerrarse la boca es como cerrar el corazón. Hay que saber en qué momento hacerlo. Cuando no te queda ninguna esperanza, cuando no te queda ni la más remota posibilidad de una salida. Entonces sí.

Cuando volvió a su celda, después de un mes en el hospital, el Perro era un espectro. Caminaba muy lentamente. En

el cuello llevaba un rosario blanco, de plástico, en lugar del colgante tumbero que se había hecho con el cráneo de la rata. Ni la noticia de que su caso iba a ser revisado por la Corte Interamericana de Derechos Humanos logró insuflarle algo de alegría.

Por la noche le pidió al oficial de turno que le devolvieran sus cosas. Se las habían sacado mientras estaba internado. No era casi nada: una cadenita de plata con una cruz de Caravaca, que según decía tenía el poder de librarlo de las balas y de todo mal; un llaverito con la cara de Maradona y una fotografía donde estaba

junto a su mamá. La foto era lo que más le interesaba: su madre estaba hermosa, tenía un vestido floreado y el pelo recogido; ella lo miraba con una sonrisa, mientras él, muy serio, miraba hacia la cámara. Le costaba reconocerse en ese niño con delantal blanco, temeroso, parado junto a la puerta de la escuela municipal a la que concurrió apenas cuatro años. De todos modos adoraba esa imagen, era como la pista de una vida que podía haber sido y se esfumó.

Pateó la puerta con las fuerzas que le quedaban. Como no le dieron bola, se puso como un loco.

—No jodas más, las cosas te las

hizo alguno de tus compañeros —le gritó el guardia.

Desde las celdas cercanas lo escucharon insultar hasta muy entrada la madrugada.

Por la mañana, con la primera requisita de rutina, el cuerpo flaquito de Ricardo Daniel Villegas apareció colgado de los barrotes de la pequeña ventana de la celda. Tenía un cinturón anudado al cuello.

Juan Fortuna estaba convencido de que lo habían matado. «De dónde iba a sacar el pibe un cinturón», protestó. Y lo

callaron de un bastonazo.

El oficial que bajó el cuerpo dijo que había que alegrarse: que muerto el perro se acabó la rabia.

EL PRECIO DEL AMOR

Jesús Hernández Pelaiés ya no despertará. Su cuerpo desnudo está cubierto de sangre seca. Tiene el pecho pintado de rojo. Justo sobre la tetilla izquierda luce un agujero negruzco de forma triangular. Posiblemente el rastro mortal de un cuchillo de cocina o de una navaja. Tiene los ojos cerrados. Quizá su asesino se permitió un último gesto de piedad después de haberle atravesado el corazón con un puntazo. Tal vez no quiso que lo mirara más con

esa mueca espantada. La cabeza está apenas torcida hacia la ventana. Uno de los brazos cuelga por fuera de la cama, parece la extremidad de un muñeco. Las piernas estiradas y abiertas dejan ver el colgajo de su pene oscuro y encogido. Las sábanas en el piso son un amasijo de tela, una bandera en la derrota. La tele todavía está encendida en el canal Venus. Desde allí, dos mujeres de grandes tetas se besan entre gemidos. Afuera, sobre las terrazas de Buenos Aires, manda el sol.

Lo peor es cuando acabás. Porque

llegar hasta ese momento no es tan difícil. Enterrás la nariz un par de veces en la blanca y listo. El tipo tiene de la buena. Con él todo es de lujo. La vida es de lujo. Tiene un plasma que parece la pantalla de un cine. Como mil compactos, tiene. Ordenados por el nombre de las bandas, cubren por entero un mueble blanco. Rock and roll, tango, folclore, de todo tiene. Y desde que le dije que me gustaba el Potro Rodrigo, prometió comprar la colección completa. Hay unos cuadros inmensos de colores brillantes y una alfombra peluda, alucinante, que te acaricia los pies cuando caminás. El depto es muy

grande. Ni te imaginás lo grande que es. En el living podés meter la casilla donde vive tu familia y queda lugar. Y tiene un balcón desde donde se ve el río y, antes del río, un poco más acá, los trenes que llegan y salen de Retiro. Al costado, se ve una parte de la villa 31, donde viven Marilú y el Zorrito. Al principio me daba miedo asomarme. Es un piso 20, una locura. Es como estar colgado del cielo. Pero después se me pasó. Te acostumbrás a la altura. Poco a poco te acostumbrás a todo.

¿Por qué otra cosa viviría de esta

manera? ¿Por qué otra cosa me humillaría y suplicaría como un mendigo? Por amor, por amor, por amor. ¿Es tan complicado de entender? He pasado toda la vida buscando eso. Desde chaval trabajo duramente para conseguir lo mismo, caricias, ternura, un abrazo que calme esta ansiedad tremenda que no me permite dormir, ni pensar, ni nada. Lo que a los héteros les resulta fácil y natural, a nosotros nos cuesta mucho. Es una carga pesada. Calmar el deseo se convierte en una obsesión. Y si el amor no llega por los caminos normales, pues hay que procurarlo de otra manera ¿O tú no has

pagado nunca? Yo soy reiterativo en esa búsqueda. Y persistente, muy persistente. Pero no hay que confundir el Mediterráneo con el Guadalquivir, no se trata sólo de sexo. Vivo pendiente de una droga que no sólo está hecha de carne humana.

La primera vez que vi a Chus fue hace dos años. Él estaba cenando con dos personas más en el restaurante Gardelito, ése que está sobre la avenida Libertador y se llena de turistas. En una distracción del mozo, entramos con el Rana a vender unos encendedores

Dupont. Eran más truchos que un dólar azul y los teníamos que liquidar esa noche. Cuando escuché el acento gallego que volaba por sobre las carcajadas, desde una mesa de atrás, me les fui al humo. Chus me clavó la vista de una manera extraña, pensé que se había molestado por mi manera torpe de interrumpir la charla con sus amigos, pero no me importaba nada. Sólo quería venderles. Arranqué enseguida con el verso: la venta a un precio inmejorable de estos originales aparatos de precisión. Siempre uso esa frase, «originales aparatos de precisión a un precio inmejorable». No importa si se

trata de relojes, linternas o radios digitales. Chus no dejaba de mirarme. Comprendí que no estaba enojado cuando paró en seco al mozo que amenazaba con sacarme a patadas del local. «Por favor, déjelo unos minutos», dijo, «estoy interesado en la mercadería.» Y era verdad, después de elogiar la imitación, compró los tres encendedores que quedaban en la caja. Hasta me preguntó el nombre y la edad. «Javier, Javier Lencina», le dije, «tengo dieciséis años». No sé por qué no le menté esa noche. Acostumbrado a la policía, siempre digo más años de los que tengo en realidad. Salí del

restaurante sintiendo cómo sus ojos seguían clavados en mi espalda.

Javier es flaco, pero sus brazos y piernas se revelan fuertes y fibrosos. Alguna vez pensó que podía salvarse como jugador de fútbol y hasta se cuidaba. Pero enseguida tuvo que salir a hacer changas para ayudar con los gastos de la casa. Además, aunque la movía bien, tampoco era Carlitos Tevez. Su viejo se había borrado antes de su llegada al mundo y su madre no daba abasto con los trabajos de doméstica para mantenerlo a él y a sus tres

hermanas. Desde los ocho años Javier camina la calle vendiendo chucherías falsificadas o mendigando. Al momento de la detención estaba bien vestido, con un jean caro y una camisa de marca. Lucía el pelo corto, pero desflecado en la nuca y con reflejos rubios, con esa onda que le dan ahora en las peluquerías de moda. Cuando responde se demora en cada palabra, luego espera la pregunta siguiente mordiéndose el labio inferior. Su cara adquiere así un aire de preocupación que parece estudiado. Tiene rasgos delicados, de niño, y en su piel morena se destacan sus ojos verdes, ligeramente achinados. Javier siempre

fue lindo, afirma su madre y llora, llora.

Jesús Hernández Pelaiés siempre cuidó su figura. A los cincuenta años pregona a los cuatro vientos las bondades de su estado físico. Cuando vivía en Madrid iba todas las tardes al gimnasio después de la oficina. Pero desde que llegó a Buenos Aires abandonó esa rutina por una vida más relajada. Apenas un par de sesiones de tenis por semana. Igual está satisfecho con su imagen. No se le cayó el cabello como a varios de sus amigos. Las cremas que trajo de Europa defienden

decorosamente su piel contra el paso del tiempo. La única parte de su cuerpo que se revela insumisa es la barriga. Ya no se entusiasma con las dietas que le pasan sus compañeras de la empresa. Es una batalla que decidió resignar. O por lo menos eso dice, y asegura que ahora sólo trata de cargar los kilos que le sobran con cierta dignidad.

Hasta que encontró a Javier, la vida de Chus en Buenos Aires se parecía a una cárcel de lujo. Mucho trabajo durante el día y por la noche cenas en restaurantes caros con epílogo de copas

hasta la madrugada. Al otro día, a las ocho, el despertador lo volvía al mundo real. Recién cuando comprendió que en la pérdida de su familia había también una liberación, logró acomodarse mejor a la nueva ciudad. Llamaba por teléfono dos o tres veces por semana a su hija, que cursaba por entonces un posgrado de Literatura en Londres y, aunque con menor frecuencia, también hablaba con su ex mujer. Si bien sus ausencias no le provocaban pesar, reconocía ante sus amigos más cercanos que algo le faltaba. Con el correr de los días descubrió que no podría establecer ninguna relación si no lograba romper con el estereotipo de

gerente de multinacional que cargaba en su traje como un distintivo. Por esa razón se decidió a pagar para desahogarse. Necesitaba calmar su sed esencial, como él mismo la llamaba. Por seguridad desechó las ofertas callejeras, aunque había observado apetecibles figuras en sus paseos por la avenida Alvear. Terminó apelando a los avisos clasificados de los diarios y a los anuncios en internet. Un par de veces a la semana algún taxi boy lo atendía. Por cincuenta euros conseguía más de lo imaginable. Prefería ser generoso, aunque sabía bien que por la mitad de ese dinero cualquiera de esos cabrones

haría cualquier cosa. Con todo, no lograba espantar definitivamente la angustia que le provocaba su departamento, tan vacío como confortable. Chus quería enamorarse.

Volví al restaurante al otro día y al otro, pero no lo encontré. Tenía unas radios AM/FM made in China espectaculares. El tipo era el cliente ideal. Además yo le había caído bien, estaba seguro. Nadie te compra tres productos porque le salió la Red Solidaria del bolsillo. Pasé por Gardelito dos noches más y nada. Pensé

que era un turista al que había descubierto demasiado tarde, justo antes de que se rajase a Europa, y me desentendí.

El sábado siguiente a la tardecita, mientras estaba sentado en uno de los bancos de la plaza San Martín esperándolo al Ranita, escuché un chistido. Cuando me di vuelta, lo veo al gallego que me hace señas desde la calle Santa Fe. Llevaba unas bolsas, como si hubiese salido de compras. Crucé al toque. Me preguntó qué andaba haciendo y le ofrecí una radio a precio inmejorable, un aparato de precisión oriental de los que ya no se consiguen en

el mercado. «Te voy a comprar dos», me dijo. No lo podía creer, dos. El tipo era un fenómeno. Ante mi asombro, se reía con toda la cara, como se ríen los pibes cuando ganan al fútbol. Me pidió que lo ayudara a llevar las bolsas hasta su casa. Ahí me avivé. No parecía, pero por primera vez pensé que podía ser un trolebús porque lo que cargaba no era tan pesado. Igual me dieron ganas de acompañarlo. El tipo tenía onda y plata. Además olía bien, como a limón. «Vamos», dije. Y fuimos.

Tal vez si le hubiese hecho caso a mi

madre, ahora sería cura y no me mortificaría tanto lo que hice todos estos años. Tal vez si me hubiese dedicado al teatro no tendría que mentir y todo el mundo me aceptaría sin problema. Recuerdo cómo me divertía recorrer los pueblos de España recitando los textos de Federico García Lorca. Por esos años nadie lo criticaba a uno por nada. Sólo nos ocupábamos de reír, actuar y gozar. Pero me gustaba la Economía y la ropa cara y la buena vida. Y para ser ejecutivo de una gran empresa conviene guardar las formas, casarse con la mujer adecuada, concurrir a cócteles, no cuestionar órdenes superiores y rechazar

el deseo aunque no pare de crecer desde el estómago a la boca como una llamarada. Pero eso no podía durar y no duró. De la fachada de mentiras sólo me quedó el puesto en la compañía telefónica. Para evitar el escándalo acepté el traslado a Buenos Aires.

El departamento de Jesús Hernández Pelaiés se abrió para Javier Lencina como un útero desconocido y amable. El ejecutivo lo invitó a tomar un café con leche. Le sirvió vainillas y magdalenas. Lo atendía como si fuera un pariente y, lo que más le gustaba a Javier, no

preguntaba demasiado. El chico estaba feliz. Pidió permiso para jugar con una pequeña canilla que había en la puerta de la heladera y que permitía cargar agua fresca con sólo apoyar la copa en una manija de plástico. Después Jesús le mostró el balcón, la computadora y la inmensa pantalla de la tele frente a la cama de dos plazas. La encendió. Javier vio a los periodistas en la previa del fútbol y preguntó la hora. A las nueve jugaba Boca. «¿Lo quieres ver acá?», invitó Chus. Y claro que quería.

Jesús Hernández Pelaiés fue a

ducharse. Necesitaba pensar. Y pensar, en su caso, era dialogar con el propio cuerpo y con el cuerpo deseado. El chaval ese lo perturbaba como nadie nunca. Ahí estaba, sentado en su cama mirando al Boca Junior, con sus manos de dedos largos y finos, con su piel suave y su mirada dura, con su boca pequeña como una invitación. No pudo evitar una erección que logró dominar pensando en su madre, mientras el agua caliente rebotaba contra su espalda. Se secó lentamente. Acomodó su cabello con estúpida dedicación. Se dio valor con un toque de cocaína, luego esparció perfume por su cuello. El aroma a

cítricos lo reconfortó. Envuelto en una bata de seda color beige, salió del baño casi una hora después de haber entrado. Caminó hasta el cuarto conteniendo la respiración, temía que Javier se hubiese esfumado en su ausencia. Pero no, el chico estaba allí, iluminado apenas por la luz de la tele. Boca ganaba 2 a 0. Se sirvió un brandy y le trajo una cerveza a Javier, sin siquiera preguntarle qué quería tomar. Luego lo invitó a sacarse las zapatillas. El chico obedeció. Hasta el final del partido bebieron y charlaron de fútbol. Lo que siguió fue vertiginoso y estudiado. Con un toque en el control remoto, en la pantalla surgieron otros

cuerpos transpirados por un traqueteo menos competitivo. Sin que Javier supiera de qué manera, Chus activó el equipo de audio.

—¿Te gusta esta música? —interrogó—. Es de un tío increíble llamado Camarón de la Isla...

—No. No me gusta.

Ya lo hice otras veces. No es tan difícil. Tengo amigos que viven haciéndolo. Algunos levantan hasta tres lucas por mes. ¿Escuchaste bien? Tres lucas. Y los que laburan por su cuenta se llevan hasta el doble. No es tan difícil.

Cuando llega el momento, te agarrás de cualquier cosa y se te para. Parece que no, pero al final se te para. Un recuerdo, una idea, una sensación de otra noche, un pedazo de cuerpo, hasta en la plata podés pensar. Además el tipo no era desagradable. Entre bromas me acarició la cabeza. Me dijo que le caía bien, que nunca le había pasado algo así. Estuvimos unos minutos en silencio. Después pidió permiso para tocarme. No se puede creer que alguien te pida permiso todavía. Me prometió de todo, ayuda, laburo, apoyo para que volviera a estudiar. Yo le dije que si me quería ayudar me diera plata. Así de corta se la

hice. No me gustan las personas que prometen cosas todo el tiempo. Tampoco me gustan los que piden perdón. Fue hasta el living y volvió con quinientos pesos. Los movía como un abanico. No esperaba tanto. Cinco billetes de cien. Me los puso en el bolsillo de la camisa, sin decir nada, mirándome a los ojos. Después me pidió por favor que me desvistiera. No tardé nada en desnudarme. Me dejé abrazar. Parecía emocionado. En serio, parecía emocionado. Todo estuvo bien hasta que me quiso besar. Casi le pego una trompada pero sólo lo empujé con fuerza para atrás y me paré como para irme.

«Yo no beso», le dije, «nunca beso». Se disculpó y lentamente empezó a acariciarme desde las rodillas hasta la cintura. Despacio. Por momentos se detenía y me apretaba las nalgas. Me hizo gracia. En esos momentos, lo mejor es cerrar los ojos y colgarse del primer recuerdo que aparezca, llamado por las caricias. Me la empezó a lamer, de abajo para arriba, como si fuera un helado. Recién cuando estuvo bien erguida se la metió en la boca. Toda. No es una proeza, yo no la tengo muy grande. Cuando nos medíamos las pijas en la villa, algunos pibes me cargaban. Después de un rato me la devolvió y con

un suspiro profundo, se dio vuelta.

Yo consumo mucho taxi boy. ¿Qué tiene de malo? A algunos desprevenidos les puede parecer extraño, hasta perverso. A otros, los más intelectuales, una lucha estéril contra el tiempo y la soledad. No me importa. ¿O acaso tú nunca has pagado por placer? ¿No es lo mismo que ir de compras? ¿O pagarle a una puta está bien visto y pagarle a un tío no? Joder, qué hipócritas. Son patrañas que sea peligroso. Es un riesgo necesario. Si tienes pupila, calle como dicen los porteños, nada puede

ocurrirte.

Lo peor es cuando acabás. Porque llegar hasta ese momento no es tan difícil. Cuando terminás, no querés verlo más. Te querés olvidar de lo que hiciste. Viene la vergüenza. Yo siempre salto al baño y me visto lo más rápido posible. Pero hay tipos que creen que con plata te pueden comprar el cuerpo, la vida. Esos tipos me dan asco, sabés.

—No trates de salir porque eché la llave —la advertencia de Chus salió de

la habitación como un latigazo.

—Abrime la puerta, no te pongás pesado —le pidió Javier con la mano aferrada al picaporte.

—Con lo que te he pagado, creo merecer algo más... una noche entera...

—Decime dónde dejaste la llave —suplicó Javier, mientras la bronca le trepó desde el estómago como una arcada—. Alguna vez lo obligaron a hacerlo pero ya no. Fueron dos travestis en los bosques de Palermo. Uno era amigo de su tío. Él recién había empezado. Todavía recuerda cómo se reían. Los hubiera matado. Desde hacía tiempo nadie lo forzaba a nada.

—¿Por qué tanta prisa? Si lo que necesitas es dinero, te puedo dar más...

—¡Me quiero ir ya!

Su propio grito lo sorprendió.

—Un poco más... necesito que te quedes, y te vas a quedar... —la voz de Chus sonó melosa pero imperativa, y se abrió paso como un abrazo invisible a través de la penumbra del departamento.

Javier no respondió. Antes de volver a la habitación, decidió pasar por la cocina. Allí, sobre la mesada de mármol, había un pequeño cuchillo de cocina. Era un Tramontina, *made in Brasil*, mango de madera, ideal para cortar carnes rojas, diecisiete

centímetros de excelente acero inoxidable, un original aparato de precisión doméstica apto para cualquier uso.

—Ven, por favor... —rogó Chus.

Y fue lo último que pidió.

EL PRÓXIMO HIJO DE PUTA

Next motherfucker gonna get my metal... pum, pum, pum. Le meto trece tiros. Le vacío el cargador en los huevos. El próximo maldito que se meta conmigo, la va a pagar muy caro. *Break it down.* Manson tiene razón. Voy a derribarlo. *Break it down.* Me sopla al oído, el muy puto diablo me sostiene. *Next motherfucker gonna get my metal... pum, pum, pum.* No me dejas más, no me dejas. Estoy alimentando el miedo con rabia, la humillación con

desprecio.

El próximo hijo de puta va a probar mi metal. Mi padre guarda la nueve milímetros en el cajón de arriba del ropero. A veces ni se la lleva al trabajo. Es milico, es de la Prefectura Naval. La gloriosa Prefectura Naval, la llama él. Un tipo duro, mi viejo. Me enseñó a usar la nueve en el polígono municipal. Fue su regalo de cumpleaños. «Los trece son una buena edad», me dijo. El cargador tiene trece balas. Doce y una en la recámara. «Me gusta el trece.» Eso dijo mi viejo. Y fuimos a tirar.

San Marcos es una ciudad pequeña. Fue fundada a mediados del siglo XIX, como cabecera de playa para lanzar la Campaña del Desierto. Allí comenzaba la Patagonia, los territorios a conquistar. Y para eso era necesario exterminar a los indios. La civilización por entonces se imponía a los tiros. San Marcos tiene ahora 30 mil habitantes, siete iglesias, dos cines, tres clubes de fútbol, una base de la Prefectura y media docena de escuelas secundarias. No hay mucho para hacer en este rincón del mundo, demasiado lejos de la Capital y

demasiado cerca del aburrimiento permanente. San Marcos es una ciudad pequeña donde nunca pasa nada.

—Dale, Carmiña, apurate o te dejamos acá. ¿No te gusta cambiarte con nosotros?

No respondo a los insultos. A veces pienso que ni siquiera los escucho.

—No te enojés, Hernán, pero sos medio pelotudo.

No los escucho. No los escucho, pero el coro de carcajadas rebota en los azulejos del vestuario y se me mete en el cuerpo por los ojos. Los miro y sus

dientes se comen mis pupilas. Carmiña era la heroína de una telenovela de los años setenta. Eso me dijeron. Es un gran insulto. Suena a niña, a nombre de maricón. Martín se cree muy piola. Él me puso ese apodo. Sólo porque no me gusta desnudarme con todos cuando vamos a jugar al fútbol y no me baño hasta que se vayan. Descubrí además que les jode que no les conteste, que no reaccione. Hace tiempo que decidí no hablarles más. No hace falta hablar. Podés andar por la vida moviendo la cabeza, señalando. Como hacen los extranjeros. Una vez, en el bar de Tico vi a dos marineros noruegos pedir la

comida con señas. Y se les entendía todo. Marcaban con el dedo, apuntaban con la cabeza. Por eso decidí no hablarles más. Además me gustan las manos, el lenguaje de las manos. Soy arquero. Y de alguna manera los tengo agarrados de las bolas. Me gusta que dependan de mí. Si yo quiero, podemos perder. Todos podemos perder.

*Alta en el cielo, un águila guerrera/
audaz se eleva, en vuelo triunfal...* Ni siquiera muevo los labios. Repaso la letra con la mente. Es una linda canción, pero no se puede cantar a las siete y

media de la mañana con dos grados bajo cero, por más bandera, por más patria, por más águila convocada para saludar. A veces pienso que la escuela es una forma de tortura. Si alguien sabe dónde está la felicidad que me avise. Yo no la encuentro en ningún lado. Toda persona lúcida debería salir por la puerta grande, volándose la cabeza. *Azul un ala, del color del cielo/ azul un ala, del color del mar.../ Es la bandera...* Eso pienso.

Quisiera ser un fantasma para poder estar al lado de ella todo el tiempo sin

que le moleste mi presencia. Quisiera deslumbrarla. El que no asombra está muerto. Y sin embargo, son los muertos los que asombran. A la única que no dejé de hablarle nunca es a María. Ella es tan distinta de los demás. No se ríe de las burlas. No dice boludeces. Es linda sin saberlo. Hace tres meses que imagino la manera de poder contarle lo que siento. Hasta ahora sólo llegué a saludarla y, una vez, le pregunté si le gustaba el rock. «Algunas cosas», me dijo. «Sólo me gustan algunas cosas.» Y yo me quedé callado y mudo, mientras veía cómo sus amigas se la llevaban del brazo hacia el centro del patio. En este

pueblo las chicas bailan cumbia, a lo sumo Shakira. *I wanna be a big rock and roll star*. Quiero crecer y quiero ser una estrella de rock, así nadie más me joderá.

Mi viejo estuvo en la guerra. «En esos días te podían matar en cualquier lado. Tenías que dormir con los ojos abiertos como los tiburones. Con el arma cerca», cuenta. Ahora la guarda en el cajón más alto del ropero y muchos días ni siquiera se la lleva a trabajar. «Hay que hacerse respetar, Hernán», dice mi viejo. Y tiene razón. Por eso yo

nunca lloro en la escuela. Si me jodieron, si me humillaron, me la aguanto. Vuelvo a mi casa despacito como si no me importara nada y cuando cierro la puerta, ahí lloro. Si no hay nadie, mejor. Porque entonces lloro con todo el cuerpo, me salen mocos y pateo los sillones del living y le doy puñetazos a la pared del fondo. Después me siento mejor. Mi mamá dice que hace años que no me ve llorar. Que soy un chico valiente y bueno. Mi mamá no me conoce.

—Los problemas empezaron cuando

tuvo que cambiar de colegio. A principio de año. Ahí empezó a vestirse de negro y a escuchar todo el día rock pesado. No se pudo integrar al nuevo curso. Noveno año representa un cambio difícil para cualquier adolescente.

—Los pibes lo cargaban por todo. Por la ropa, porque no le gustaba el sol ni ir a bailar.

—Era tímido, introvertido, pero no muy distinto de los demás. No sé qué le pudo haber pasado.

—No, no era mal alumno. La semana pasada se sacó la mejor nota del curso en una clase especial sobre Derechos Humanos.

—Escribía cosas en inglés y hacía dibujos satánicos en el pupitre. Cruces invertidas y esas cosas. Todavía están ahí. Todos las pueden ver. Ahora lo quieren pintar como un chico normal para no hacerse cargo de lo que pasó.

Mi padre cree en la disciplina. Cada familia tiene que ser una unidad. Cada noche antes de dormir hay que contar lo que hicimos en el día. Todos, hasta mi madre. Y no se puede mentir. El que miente rompe el equilibrio de la unidad y tiene que ser sancionado. También tiene castigo el que no cumple con su

tarea, el que trae malas notas o contesta mal o llega tarde o no cumple su palabra. Mi padre tiene un cinturón blanco con una hebilla de metal. En la hebilla está el escudo de la armada. A veces sueño con el cinturón de mi papá. Pero hay sanciones que duelen más. Mucho más, y no dejan ninguna marca en la piel. El año pasado no me dejó jugar la final del torneo intercolegial por un aplazo en Matemática. María y el resto de las chicas iban a hacer de hinchada. Hizo bien mi papá.

«¿Quién te creés que sos? ¿Brad

Pitt?» La curtida de Martín desató una ola de risas. Estábamos en el patio de la escuela. Hernán se puso rojo. María también se reía. La verdad es que estaba muy gracioso, se había puesto una campera verde que le quedaba enorme. Cuando entramos al aula, ya nos habíamos olvidado de la broma, pero él no. Yo me sentaba justo detrás de él. Le pregunté si sabía qué había de tarea y me contestó: «Son todos unos idiotas y me la van a pagar». Le dije que no era para tanto, que no se enojara por cualquier cosa. Entonces me advirtió: «Mariela, mañana no vengas a la escuela». Ojalá lo hubiese tomado en

serio.

Al otro día, después del izamiento de la bandera, los cuatrocientos alumnos de la Escuela Julio Argentino Roca de San Marcos comenzaron a ingresar a sus respectivos salones como todos los días. A mí me tocaba dar clase en la primera hora, pero me demoré unos minutos en la sala de profesores. Desde allí vi cómo Hernán entraba y salía del baño. Tenía un camperón de nailon y las manos en los bolsillos. Entró al curso unos minutos antes que yo.

Next motherfucker gonna get my metal... pum, pum, pum.

No hay sensación más agradable que la que produce una Browning en el bolsillo. Eso pensé al sacarle el seguro. Antes de entrar ya tenía el aula en la cabeza. Sabía la posición de cada uno. Hay dieciséis pupitres dobles. Por eso traje dos cargadores más. Somos treinta y dos alumnos en el primero B. Me parece que María pensó que era una broma. «¿Es de juguete?», alcanzó a preguntarme. No le contesté. Cayó de espaldas, le di en medio del pecho. Cuando estaba en el suelo le gatillé otra vez en el estómago. Tenía los ojos bien

abiertos. Martín estaba en su banco, al lado de la ventana. Tenía un libro en la mano, tal vez lo estaba leyendo mientras esperaba al profesor. Le disparé tres veces. Se desarmó como un muñeco. Giré un poco a la izquierda. Álvarez me gritó algo y le apunté al corazón. Fue el único que murió en el acto. Cuando volví a mirar hacia el fondo del aula todos estaban por el suelo. Descargué el arma al voleo. Le pegué a Mariela Pérez. Ella no debería haber estado allí, era la única a la que le había avisado. También le di al Ruso Berto y a la imbécil de la Fernández. Tenía que recargar. Había disparado trece tiros y

acertado once. Pero no tuve tiempo. Cuando Maxi entró al salón, le apoyé la nueve en el pecho y volví a jalar del gatillo. Pero la bala no salió. Alguien me empujó y caí de rodillas. Solté la pistola y recién ahí escuché los llantos y los gritos.

María había festejado hacía un mes sus quince años. Fue una celebración modesta organizada por sus abuelos. Esa noche ella había imaginado el fin de sus penas. Así lo escribió en su diario: «Esta noche terminó la tristeza». Su madre la había abandonado al nacer y su

padre había muerto hacía tres años. Pero estaba feliz con la escuela y había decidido que sería maestra jardinera. Le gustaba ir a bailar todos los fines de semana.

Martín era un pibe bárbaro. Eso dicen sus papás. Para mí era un pedante, un jodido. El viejo es remisero y Martín muchas veces después de la escuela lo acompañaba a hacer los últimos recorridos. «Estábamos muy unidos», cuenta el papá. Y le dice a los periodistas que era fanático de Independiente. Y que su sueño era ir a

ver un partido de su equipo en Buenos Aires. Quería conocer el estadio de Avellaneda. No irá.

La flaca Fernández era hija única. «Dorita, comé; Dorita, comé», le decía su mamá. Mirá de qué boludez se acuerda ahora. Dorita quería ser médica como su tía Perla, que trabaja en el hospital regional de San Marcos. No le gustaba mucho ir a bailar, pero sí salir con sus amigas. Desde que empezó el año jodía con que había que empezar a juntar plata para el viaje de estudios. Menos mal que no le hicimos caso.

Roberto Álvarez estaba por cumplir los dieciséis. Había repetido un año en la primaria y por eso era el más grande del curso. Sin embargo tenía algunas actitudes de más chico. Juntaba stickers de fútbol y se la pasaba todo el día en los videojuegos. En el colegio se decía que el padre lo había llevado a debutar con Rita, una de las putas más conocidas de la ciudad. No lo sabremos nunca.

Todo pasó muy rápido, no me acuerdo de nada.

No quiero ver a nadie.

No hice nada malo.

I wanna be a big rock and roll star.

LO MATÉ SIN QUERER

Lo maté sin querer. ¿Por qué no lo entienden? Una vez hice lo mismo con un gatito que me había regalado la tía Nélida para mi cumpleaños de diez. Era negro y no tenía nombre. Yo lo llamaba Gato y me acuerdo que todos en la casa se reían. Lo tiré desde la terraza del club para que cayera parado y se murió. El gato puto se murió. Rebotó como una pelota una sola vez y ahí quedó, una mancha gris y roja en el pavimento. No sé qué pasó. Me gustaba el bicho, no lo

quería matar. Fue sin querer. Igual que ahora.

Mario Serra no sabe leer y apenas puede dibujar su nombre cuando le piden una firma. Hace un garabato en un movimiento rápido de la mano y suelta la lapicera con fastidio, como si espantara una mosca. Por más que los psicólogos insisten, no logran que cuente por qué razón, en lugar de asistir a la escuela de La Matanza, a la que fueron sus cinco hermanos, él se quedaba vagando por el barrio. Para José Quinteros, Pepe, el verdulero de Laferrere donde Mario creció, no hay

ningún misterio: la calle y las malas compañías le cagaron la vida al pibe. Así con esa simpleza lo cuenta, y por lo que se ve en sus ojos parece que lo lamentara de verdad. Durante algunos meses el chico lo ayudó en el negocio, pero había que madrugar para ir al mercado y alguien que no duerme de noche no puede ser verdulero. Eso dice Quinteros con una mueca de resignación. Eso dice. Pepe tiene cara redonda, ojos achinados, labios gruesos disimulados por un bigote tupido. Con su delantal blanco parece un lavarropas. Tiene la piel de las manos más oscura que la del resto del cuerpo, como si las tuviera

sucias, pero no. No es mugre. A muchos verduleros les pasa. Es por la papa. Con los años la tierra se te va metiendo adentro de los poros. Eso cuenta.

A Mario no le gustaba cargar cajones. Además, en los barrios pobres del Gran Buenos Aires hay otros negocios más rentables que vender frutas y hortalizas. Mario pronto se convirtió en distribuidor de otro tipo de mercadería. Al principio se limitó a hacer algunos traslados. Luego él mismo vendía la droga y hacía la cobranza. Lo conchabó el Turco Amed, un operador mayorista de La Matanza que contaba

con la protección de la policía. Dicen en el barrio que cuando Marito cayó preso, acusado por el asesinato de un taxista, el Pepe Quinteros fue derecho a buscar al hijo de puta que le encargaba los mandados. Tenía tanta bronca acumulada que lo hubiera destrozado con sus manos si lo agarraba. Eso dicen los vecinos. Pero con el quilombo que se armó por el homicidio, el tipo desapareció.

La idea de andar calzado fue del propio Mario. De eso se enteraron después. Tal vez por esas boludeces que piensan los pibes: creen que un fierro

los hace más pesados, que andar con el caño en la cintura los vuelve más hombres. No entienden nada y por eso terminan muertos o en cana. Juan, el mejor amigo de Mario, habla pausado mirando el grabador, como si recordara una travesura de infancia. De las tantas que hacían en La Matanza: afanar gaseosas a los camiones repartidores o romper a gomerazos los vidrios de la fábrica abandonada donde laboró su padre.

Mario tiene diecisiete años pero aparenta más. Le cortaron el pelo al ras,

sin ninguna consideración estética, pero lejos de afearlo la cabeza rapada permite que los rasgos de su cara se destaquen. Los ojos marrones, los labios finos, la nariz aguileña le dan un aspecto de fiereza que desmiente a su cuerpo delgado y pequeño. Confiesa que desde que está preso, la noche del martes 21 de setiembre de 2002 vuelve a su cabeza una y otra vez. Era el Día de la Primavera, había sol y la ciudad estaba invadida por grupos de estudiantes, y aunque él nunca le había dado bola a esas cosas, esa vez le había prometido a su novia un paseo distinto, con cine en el centro y pizza en algún boliche. Todo se

complicó por el fulbito.

«Como un boludo me enganché en un picado, no podía arrugar», explica con un hilo de voz. Parece una simplificación pero quién sabe. Jugar a la pelota era lo que más le gustaba en el mundo y se le hizo tarde para repartir la diaria. «Para colmo perdimos tres a dos y erré un penal.» Entonces, en lugar de hacer el recorrido en bondi y a la luz del día, como le había enseñado el Turco, decidió hacerse de un taxi. «La mejor manera de pasar desapercibido es viajar en un transporte nacional y popular»,

explicaba el Cotur con aire de profesor, «quién va a cargar la pasta de esa manera». Y tenía razón, era tan simple que se transformaba en seguro por insólito. Pero ya estaba decidido, con un auto ganaría el tiempo que se le había escapado entre patadas y gambetas. Además hacía dos días que había comprado por 500 mangos una Italo Gra calibre 32, sin numeración y en impecable estado. Estaba loco por probar su poder de disuasión. Una semana antes, dos vagos de una villa del Bajo Flores lo habían afanado y se tuvo que volver descalzo a su casa. Esa noche juró por la memoria de su vieja

que ésa sería la última vez que alguien iba a sorprenderlo. Mario lo cuenta ahora con tranquilidad, como si en esa explicación estuviese escondido el secreto de su inocencia.

Salió del barrio a eso de las nueve de la noche, fue hasta Caballito para hacer la primera entrega. Un departamento del cuarto piso de un edificio sobre la calle Acoyte. Una mina de unos cuarenta años lo atendió en traje deportivo. Entregó y cobró casi en un mismo gesto. Miró el reloj y comprendió que no llegaría a tiempo para buscar a Betty. Su novia no lo perdonaría. Estaba cerca de Primera

Junta, a poca distancia de la boca del subte A. Fue en ese momento cuando se le ocurrió lo del taxi. Dejó pasar un Peugeot 504 todo destartalado. «Es increíble que esos autos sigan funcionando», se enoja todavía, «son horribles y la mayoría están a la miseria. Con la excusa de la crisis, el gremio de los taxistas presionó y el gobierno los sigue permitiendo. Habría que quemarlos a todos en la Plaza de Mayo», dice tan convencido como un político en campaña electoral.

Tomó un Fiat Duna que venía atrás. El conductor del Peugeot lo miró con cara de odio. «El gil pensó que se

perdía un viaje», recuerda Mario. Para el chofer del Fiat, en cambio, el nuevo pasajero traería cualquier cosa menos fortuna. Jorge Calgari había trabajado bien esa tarde. Se pasó las horas llevando a grupos de jóvenes a los distintos picnic del Día del Estudiante y por esa razón decidió prolongar un par de horas su jornada habitual. Tenía sesenta años y ningún apuro, hacía tiempo que su esposa no lo esperaba para cenar. Mario le dijo que tenía que llegar lo antes posible a Mataderos, que allí levantaría unas cosas y seguiría viaje hasta Villa Celina. El destino del viaje parecía una señal, pero el chofer

no podía comprenderla.

Todo estuvo bien hasta que Calgari se negó a cruzar a la provincia de Buenos Aires. Hoy todavía son muchos los taxistas que toman esa decisión argumentando razones de seguridad. Allí se producen la mayoría de los atracos. Incluso algunos conductores de radiotaxis, suelen pedir documentos al pasajero y sólo después de que pasan los datos a la central de radio acceden a internarse en el «Lejano Oeste», como llaman despectivamente a algunas zonas del conurbano bonaerense.

Ante la negativa, Mario no dudó: sacó la Italo y le apoyó el caño en las

costillas. El chofer se puso nervioso y le ofreció la plata de la recaudación. Marito tuvo que explicarle que no se trataba de un robo. No quería el auto ni la plata. Necesitaba el taxi para hacer un recorrido que no demoraría más de un par de horas. «Quedate piola que no pasa nada», dice que le dijo.

Es difícil saber qué le pasó a Jorge Calgari en los minutos siguientes, si se asustó o subestimó al chico que lo apuntaba y quiso zafar como un héroe. Hasta ese momento la escena parecía corresponderse con un robo más, uno de los tantos que ocurren en las noches sin paz de una ciudad violenta como Buenos

Aires. Lo cierto es que de golpe se dio vuelta y soltó el brazo derecho del volante. Fue un gesto raro, innecesario, absurdo. El pasajero imaginó una trompada y gatilló.

En su primera declaración ante la policía, Mario dijo que el arma se disparó accidentalmente. «Lo maté sin querer. El viejo pelotudo se asustó y me asustó. No sé bien qué mierda quiso hacer, pero me asustó y el revólver se disparó solo. Para qué lo iba a querer matar, si lo único que tenía que hacer era pasearme un rato repartiendo la merca. Después se iba a su casa y yo de fiesta.»

«¿Qué hiciste, flaco? Me tiraste, estás loco, me tiraste.» Mario no se inmutó ante el rostro desencajado por el horror y la sorpresa. Estaba seguro de que no era nada grave. Calgari se tomó el costado y el auto frenó. La camisa se le llenó de sangre entre la axila y la cintura, el cuerpo se inclinó lentamente hacia el asiento del acompañante. Mario empezó a gritarle: «No es nada, no es nada, no seas maricón, ¡levantate!». Pero el chofer no se movía. Mario miró para todos lados y comprobó que no había testigos de la escena. Guardó el arma en la campera y después, con mucho esfuerzo, pasó el cuerpo del

taxista al asiento de atrás. Se ubicó frente al volante y dirigió el vehículo hacia la provincia. Antes de entrar en Villa Celina volvió a apuntarle al chofer con la Italo. El tipo lloraba y pronunciaba frases en un idioma que parecía italiano. «Bajate», le ordenó.

Estaban sobre la Avenida San Martín, cerca de una comisaría. Jorge Calgari, semiacostado en el asiento de atrás, se incorporó como pudo. Casi no podía respirar. El dolor que le nacía en el costado le atravesaba el pecho hasta el corazón. Mario le abrió la puerta y el hombre consiguió bajar, caminó tres pasos, tambaleándose como si estuviese

borracho, y luego se desplomó. Quedó tirado boca abajo sobre el asfalto. Una mancha gris y roja en el pavimento. Parecía un dibujo de historieta.

El taxi arrancó haciendo chirriar las ruedas traseras. Una mujer que estaba en la parada de colectivos alcanzó a gritarle que parara, que detuviera el auto, que su pasajero se había descompuesto. La testigo aseguró después que, como toda respuesta, el joven la miró y le sonrió. «Todavía recuerdo esa mueca y me espanto», aseguró la señora Rodríguez ante el tribunal. Minutos después, llegó la policía y una ambulancia del SAME, pero

el taxista ya no los necesitaba.

Una vez que cruzó a la provincia, Mario detuvo el auto. Abrió una de las bolsitas que llevaba pegadas al forro de la campera, hundió el dedo meñique y se lo metió profundo en el agujero izquierdo de la nariz. El cerebro se le destapó con un estallido de luz. Repitió la operación en el otro orificio nasal. Estaba seguro de que el tipo ya estaría en el hospital. Se bajó y abrió el baúl, la calle estaba desierta. Encontró lo que buscaba: un trapo sucio y una franela de las que se utilizan para lustrar el tablero. Limpió la sangre de los asientos, el

tapizado de cuerina facilitó la operación. Más tarde tiraría los trapos en algún lado. Volvió a encender el motor del Duna y retomó la distribución. Le quedaban cuatro entregas. No tenía mucho tiempo, en un par de horas la yuta estaría buscando el auto y no quería arriesgarse. Hizo las paradas que tenía pautadas, las dos últimas en Ciudad Evita, y pasada la medianoche fue a buscar a Betty. Esa pendeja se había convertido en una obsesión.

Existió una conducta dolosa — sostuvo el fiscal, mirándolo a los ojos —. El acusado afirma que el arma se le

disparó y que la muerte del taxista fue producto de que su dedo accionó accidentalmente la cola del disparador. Eso es falso. Les recuerdo que, después de dispararle a quemarropa, el acusado dejó a su víctima sobre el pavimento, en medio de una avenida de doble mano en plena noche. De milagro ese cuerpo no fue arrollado por un camión. También hizo caso omiso a los llamados de una testigo. No hay duda de que se trata de un homicidio ejecutado fríamente, en concurso real con robo de vehículo. El objetivo fue matar para lograr impunidad, robar un auto y repartir la droga. Por esa razón pido para este

delito aberrante el máximo rigor: prisión perpetua.

Betty se puso como loca cuando me vio llegar con el Duna. Le dije que me lo había prestado un amigo y no preguntó más. Ni siquiera estaba enojada por la tardanza. A veces me parece que no le importa nada. Ni la ropa, ni los autos ni nada de lo que le digo. Esa noche estaba encaprichada: nada de cine y pizza, quería ir a Luján. Estaba superenganchada con la Virgen de Luján y necesitaba hacerle una promesa. Yo tenía decidido dejar el auto y salir a disfrutar la plata que me había

ganado, pero nunca le puedo decir que no a Betty. Me dio como cien besos. Tiene una boca dulce Betty, con un gusto rico, a Coca-Cola, a mate cocido, a flores. Sabés una cosa: acá adentro sueño con su boca.

A Mario Serra también le gusta la doctora Zárate. Es la abogada que le designó el Estado. Es alta, morocha, tiene la boca roja, como dibujada, los ojos negros y una voz firme y profunda. Luce un vestido distinto en cada sesión del Tribunal. Cuando entra a la sala todos la recorren de arriba abajo con la vista. La doctora Zárate lo defiende. «Es

un niño», dice la abogada y a él le encanta esa frase aunque sabe que nunca lo fue. Los niños tienen papás, juegos, escuela, abrazos. «Ustedes están violando la Constitución Nacional y la Convención de los Derechos del Niño», dice la abogada. «No se puede imponer prisión perpetua a menores», dice. Y a Mario le parece que la abogada dice bien, aunque de nada sirvan sus palabras y la condena sea inevitable.

Mario y Betty fueron a curtir cumbia hasta que amaneció. A eso de las seis llegaron a Luján. Era la primera vez que Mario entraba en una iglesia. Realmente

estaba impresionado, tenía los ojos repletos de imágenes. La Basílica parece un castillo. Y el silencio es como un colchón de aire que hay que atravesar para acercarse al altar.

Mario nunca rezó. Por eso cuando Betty se arrodilla y comienza a murmurar, él se queda mirando los grandes ventanales con esas imágenes que parecen dibujitos inmóviles. Hay escenas de familia, encuentros en el campo. Mario se queda colgado de los vitrales hasta que su novia le aferra el brazo y le dice «ya está». Entonces quiere besarla, pero ella lo detiene.

«Esperá que salgamos», le susurra en el oído. Cuando Betty le habla en el oído siempre se estremece. Mario la abraza, está feliz. Antes de irse, detiene su mirada en la Virgen. Trata de arrancar del fondo de su corazón algún ruego, una palabra amable para dejar flotando por el aire, pero no le sale nada. Espanta la imagen con una media vuelta y sale del recinto pensando en cosas concretas: un buen desayuno, el resto del día que pasará protegido entre las piernas de su novia.

Cuando atraviesan tomados de la mano la imponente puerta de la Basílica, dos policías se les tiran encima. Betty

grita primero y pateo después. Llora y putea. Vienen otros agentes que los reducen enseguida. Mario no se resiste. Piensa en la señora del manto celeste a la que no le pidió nada y los deja hacer.

¿ACASO NO MATAN A LOS CERDOS?

—¡Matala de una vez!

El grito sacudió al Colorado Báez.

Estaba sentado sobre la espalda de la mujer que lloraba y gemía como un cerdo. Bajo su peso, acostada boca abajo en la cama, Patricia Hirsch parece estampada en las sábanas revueltas. Cuando entró a la habitación, ella se despertó sobresaltada por el ruido y le tuvo que pegar una trompada. Ahora casi no oponía resistencia. Igual le mantenía los brazos inmovilizados con sus

piernas. Pensó que si la hija no estuviera allí, dirigiéndolo todo, loca de furia como estaba, hasta se divertiría un poco. La mujer tenía unos cuarenta años, la piel suave y el culo firme.

—¡Qué mierda esperás! ¡Matala!

La chica parecía poseída. Estaba parada detrás de él y se movía impaciente dando gritos histéricos como si fuera el sargento de un grupo comando.

Marcelo Báez había nacido en Villa Gobernador Gálvez, al sur de Santa Fe, y muchas veces había matado cerdos en el campo. Desde los trece años, uno por cada Navidad, hasta que se fue de su

casa para probar suerte en la Capital. En la quinta donde vivía, la matanza de fin de año era una fiesta. Su familia preparaba todo desde el día anterior: afilaban los cuchillos; dejaban listo el condimento, las especias eran el verdadero secreto de los embutidos; el molinillo de la carne aceitado y las ollas para cocer las morcillas limpias y cuidadosamente ordenadas sobre la mesada del patio.

La mujer se revolvió debajo de sus piernas. Los cerdos no son como las vacas, que se dejan matar mansamente; los cerdos intentan rebelarse a su destino. No es una tarea que pueda hacer

cualquiera. Hay que saber. Muchas veces hay que lidiar con ciento cincuenta kilos enloquecidos y resbalosos. La mujer lanzó un gemido lastimero. Los cerdos también chillan. Báez está convencido de que chillan como ningún otro animal en la tierra. Chillan aun después de que el cuchillo les abre la garganta. Ahora mismo recuerda que la primera vez que lo hizo no pudo dormir en toda la noche. «¡No sea cagón, chango, éntrele sin miedo!» Su viejo siempre lo animaba desde algún sitio cerca del chiquero. Y lo logró.

—¡Matala! ¡Matala!

Otra vez la orden sonó como un estampido. Con la mano izquierda, el Colorado sujetó la cabeza de la mujer tomándola por el cabello y la separó del colchón. Ella dijo algo que no entendió. Piedad o tal vez perdón o por favor, pero qué importaba. Él trataba de concentrarse en la operación. Metió la faca tumbera, que empuñaba en la mano derecha, justo por debajo del cuello, y con un movimiento rápido la degolló. Parece cruel, pero sólo así los cerdos se desangran por completo.

Melisa se acercó un poco, lo suficiente como para ver por sobre el hombro de Báez cómo las sábanas

primero y el cubrecama celeste después se fueron tiñendo de rojo.

—¿Dónde está la guita?

El Colo soltó la pregunta con naturalidad, como si la faena realizada no lo hubiese afectado en lo más mínimo. Eran cerca de las tres de la mañana y hacía apenas media hora que había ingresado a la casa por la puerta de atrás. Como Melisa había prometido, el camino estuvo despejado: el ovejero alemán gruñía atado y la alarma había sido oportunamente desconectada. Sus dos hermanitas estaban en la casa de los abuelos, en las Sierras de Córdoba.

—Mi viejo es el que sabe y ya debe

estar por llegar, tenés que esperarlo abajo.

Melisa tampoco parecía alterada. Encendió un cigarrillo y lo convidó. Después se sentó en el borde de la cama matrimonial y prendió el televisor.

El primer viernes de cada mes el contador Néstor Salinas tiene una cita obligada con sus amigos del club. Hace diez años que el programa es el mismo. Asado, torneo de truco y después un whisky para matizar la charla final, en algún bar del Bajo. Bebía con tranquilidad porque desde hacía meses

había tomado la decisión de no concurrir en auto a esas celebraciones tan bien regadas con alcoholes de todo tipo. Además nunca faltaba el amigo dispuesto a acercarlo a su casa.

Esta madrugada, como todas las otras, unos minutos después de las cuatro colocó la llave en la cerradura. Miró su reloj y calculó que podría dormir cinco o seis horas. Como no trabajaba los sábados, solía dedicar parte de la mañana a arreglar el jardín.

El Colo lo esperaba junto a la puerta. Salinas demoró un instante en ingresar al chalet. Le extrañó no escuchar el bip reiterativo de la alarma,

era evidente que estaba desconectada. Pero no vaciló, lo atribuyó a un descuido de su esposa y avanzó hacia el interior. En el piso de arriba alcanzó a distinguir las voces de la tele. Caminó unos pasos en la oscuridad y en el preciso momento en que extendió la mano hacia el interruptor de la luz, recibió un tremendo golpe en la cabeza.

Cuando despertó, ayudado por un baldazo de agua, estaba atado a una silla de la cocina. Tenía los ojos vendados y el cuerpo dolorido. En el equipo de audio sonaba bajito una de las bandas de heavy metal que le gustaban a su hija y a él lo sacaban de quicio. Apenas tuvo

tiempo para comprender que se trataba de un robo.

—¿Dónde está la guita?

—No sé de qué me estás hablando...

—intentó defenderse el contador.

El Colo esta vez utilizó un cuchillo de cocina, uno de los grandes, esos que sirven para trozar el pollo. Pasó el filo por el muslo derecho de Salinas de arriba hacia abajo, como si fuera a dividirlo en dos mitades. Salinas sintió un fuego en la pierna y al instante comprendió la conexión entre el intenso dolor y la sangre que le empapaba la media.

—¿Dónde están mi mujer y mi hija?

—preguntó, sin poder contener el llanto.

—Si no me decís dónde está la pasta te voy a cortar en pedazos y a ellas dos las voy a matar...

La voz sonaba juvenil y tranquila. Si no hubiese sido por la puntada en la cabeza y el dolor en la pierna, habría pensado que se trataba de una broma de mal gusto. Pero no. Enseguida, a través de la tela del pantalón, sintió la hoja de la cuchilla acariciar su muslo sano.

—No, esperá... esperá... tranquilizate. Está en el freezer adentro de una bolsa azul... atrás de todo... fijate... te lo juro.

El Colo fue hasta la heladera bajo la

atenta mirada de Melisa. Ella estaba ahora sentada en el sofá del living.

Mel cerró los ojos y pensó en Anita, en sus manos diestras, en su boca sabia y generosa. Luego volvió la atención sobre el hombre que estaba atado a la silla, cagado de miedo. No lo reconoció. No era nadie. Hacía tiempo que su padre la había abandonado.

Báez nunca había visto tanta plata junta. Se había comido dos años en la cárcel de Devoto por robar un mercadito de donde sólo se había llevado mil doscientos pesos. Los fajos con los dólares estaban fríos. Parecían golosinas heladas. No lo podía creer.

Melisa caminó hasta situarse justo delante de la silla sobre la cual su padre temblaba y se retorció de dolor. Salinas empezó a mover la cabeza hacia ambos lados, como si intuyera que alguien lo rondaba. El Colorado también se acercó pero por detrás.

—Ya está... ya tenés lo que querías... ahora andate... andate... por favor —suplicó el hombre.

Antes de que el metal le cortara el cuello, la última cosa que escuchó Salinas fue la voz de su hija.

—Si te gustan los chicos y las

chicas, tenés menos posibilidades de dormir sola un sábado.

Eso le dijo Anita el día que se conocieron. La frase era demasiado buena para que se le hubiese ocurrido a ella. Pero desde el mismo momento en que se cayó de la boca carnosa y roja de su nueva amiga, pasó a formar parte del universo de ideas que conmovían a Melisa. Era de esas frases que hacen reír y pensar.

Anita la sedujo hablando. No era linda, pero sabía acariciar el verdadero punto G de las mujeres sensibles: el oído. Además, tenía veinticuatro años, trabajaba en una oficina, se mantenía

sola y su conversación parecía un aluvión de caricias amables. Melisa estaba entregada antes de empezar. A los dieciséis años era la primera vez que estaba en un bar gay. Apoyada en la barra de la Estrella Roja de San Telmo, Ana acaparaba todas las miradas.

Cuando Melisa entró con la excusa de la curiosidad, también le entregó los ojos a esa mujer de cabello largo y un tanto enrulado que le recordaba la tapa de uno de los cedés de su papá. Después comprobó que la cantante a la que había asociado con Ana se llamaba María Bethania. Días después escuchó el compacto durante toda una noche y

también se enamoró de esa presencia desconocida a través de su voz.

Se ubicó en una mesa del fondo y pidió una Coca-Cola. Aunque era flaquita, Melisa tampoco pasaba desapercibida: tenía el pelo negro decorado con mechones violetas que sobresalían en la nuca, jean ajustados, una remera mínima y borceguíes. Eran las siete de la tarde y Anita, que no quería dejar semejante bocado para otros tiburones, la abordó con facilidad. Fue hasta su mesa y se sentó con ella. Durante un par de horas hablaron de todo. De música, tatuajes, zapatos, maquillaje, batallas de familia y hasta

de la escuela, que Melisa odiaba con una intensidad conmovedora.

—¿Qué viniste a buscar acá?

La pregunta inevitable le dolió menos de lo esperado. Melisa dejó que sus ojos bajaran hasta la punta de sus borcegos gastados. Con ellos dispersó una legión de cáscaras de maní que se acumulaban debajo de la mesa y después de unos segundos contestó:

—No sé.

Ana le respondió con una carcajada y con esa frase que ahora es casi una consigna en su cabeza. Después se puso seria:

—¿Y desde cuándo estás

confundida?

—Tal vez desde que nací. En el jardín de infantes, cuando me querían poner el delantal rosa de las nenas, lloraba y gritaba como una loca. Para calmarme me terminaban dando el azul. No te rías.

—¿Cómo te acordás de esas cosas...?

—No sé si me acuerdo o es que me lo contaron tantas veces que lo aprendí de memoria. Pero no supe qué significaba hasta hace muy poco. Es curioso como para un mismo grupo de personas un recuerdo divertido puede convertirse en algo vergonzante. Estos

años no la pasé bien, ¿sabés?

La familia de Melisa es muy católica. Su padre, Néstor Salinas es contador público, y su madre, Patricia Hirsch, trabaja en una inmobiliaria. Ella le contó a Mel que cuando era joven quería ser monja pero que «no tuvo la vocación suficiente y que después apareció Néstor y que el amor a Dios fue por otro camino». Melisa tiene dos hermanas: Camila, de doce años y Mariela, de nueve. La familia nunca falta a la misa del domingo y mantiene una activa participación en la parroquia del barrio.

Fue justamente en la iglesia donde

Mel —así la llaman en su casa— conoció a una chica de la que se enamoró. No podía explicarlo y de hecho nadie se enteró jamás, y menos ella, que era la coordinadora de su grupo de catecismo. Melisa se las ingeniaba para sentarse cerca de ella en la misa de modo que en el momento en que todos se desean la paz y se saludan, le diera un beso en la mejilla. Soñaba con sus abrazos casi todas las noches.

Melisa también le contó a Ana que una vez estuvo con un chico, pero que fue casi por obligación. «Fuimos novios porque él me lo pidió», se avergüenza ahora. La relación duró muy poco. Más

tarde, a los quince, llegó a darse unos besos con su mejor amiga en una noche de campamento escolar, pero nada más.

Y ahora estaba allí, solemne y decidida, para saber cómo era.

Ana volvió a reír con ganas. Para ella todo es un juego. Cree que cada cosa que ocurre, por importante que parezca, es algo pasajero. Convenció a Melisa para que la acompañara hasta la pensión donde vivía, sobre la avenida Independencia. Apenas entraron a su cuarto, Ana la tomó de la mano y la llevó hasta la cama de una plaza. Melisa se plantó de golpe en medio de la habitación. Por un instante pareció que

saldría corriendo.

—Ahora no tengas miedo, dejame ayudarte... dejame por favor... — insistió Ana, en un susurro.

Como Melisa no respondió, María Bethania la empujó suavemente sobre el colchón y comenzó su tarea de amor. La desvistió muy despacio mientras la besaba en el cuello y le decía cosas lindas. Palabras dulces que nadie le había dicho nunca. Mucho tiempo después, todavía Melisa no podía entender cómo Ana era capaz de hablar sobre el aroma de la piel o elogiarle la suavidad de su cabello en momentos así. Con hábiles movimientos, Ana sólo la

dejó con la bombacha pequeña y blanca. Primero le acarició el vientre, como si fuera un masaje de madre. Una suerte de sana-sana. Después las caricias subieron. Melisa primero puso el cuerpo a la defensiva, se revolvió y por unos minutos mantuvo los músculos en tensión. Pero enseguida se relajó, el placer se imponía a todas sus prevenciones. Cuando las manos de María Bethania se posaron en sus tetas pequeñas, los pezones erguidos dieron los últimos permisos.

—Siempre quise tener tetas grandes... —se disculpó.

Ana comenzó a besarle los senos de

todas las maneras posibles. La sintió vibrar en la boca. Luego la siguió besando hacia abajo. Con el pie le bajó la tanguita hasta los tobillos y le pasó la lengua por cada milímetro del cuerpo entre el ombligo y la entrepierna. Comenzó entonces a lamerle el pubis lentamente, como si fuera la actividad más delicada del mundo. Como si estuviese operando el corazón de un bebé, como si estuviese desarmando una bomba. Melisa contenía los gemidos como podía. Cuando se vino por fin, a María Bethania le pareció que Melisa tenía ganas de llorar y a ella también se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Nadie como yo sabe lo que le gusta a una mujer —le dijo Ana, y se durmieron abrazadas.

Esa noche, de regreso en su casa, casi no pudo dormir. Era como si hubiese nacido de nuevo. Su iniciación fue como el revés de un parto. No podía dejar de pensar en María Bethania. Durante dos meses la visitó a escondidas. Sobre fin de año y en medio de una discusión con su madre por las pésimas notas que había traído del colegio, Melisa nombró a «la única persona que la entendía en el mundo».

Patricia Hirsch estalló lanzando una batería de reproches, pero Melisa duplicó la apuesta. No sólo le contó a los gritos que le gustaban las mujeres, le dijo también que estaba enamorada. La reacción fue violenta. Una cachetada y los gritos de puta y tortillera la llevaron a refugiarse en su habitación. Durante una hora escuchó el llanto de su madre, matizado por citas bíblicas y maldiciones. No salió de allí en toda la tarde. Arrepentida de su confesión, deseó con todo el corazón que su mamá no se lo contara a su padre.

A la hora de cenar, como nadie la venía a buscar, decidió enfrentar la

situación y salió de su refugio rumbo al comedor. Cuando entró, vio que en la mesa sólo había cuatro platos. Su lugar estaba ocupado por la panera.

—Nos traicionaste. Estás afuera de esta familia hasta que te recuperes —le dijo su padre señalándole con la cabeza el taper donde le habían guardado su parte de la cena—. Quiso protestar, pero la furia contenida en la mirada de su papá la disuadió. Muchas veces se había enojado con ella. No le gustaban sus amistades, ni la música que escuchaba, ni su look, pero nunca la había mirado así, con tanto rencor y desprecio. Tomó su ración y volvió al cuarto en silencio.

Desde entonces, la vida de Melisa se convirtió en un infierno. La llevaron a un terapeuta para que la tratara por su desviación sexual. En su casa estaban convencidos de que tenía una enfermedad mental. Le prohibieron hablar con sus hermanitas y la obligaron a realizar un retiro espiritual durante una semana. Pero hubo un castigo más duro, le prohibieron ver a Ana. Es más, su padre fue a verla al Estrella Roja y la amenazó con meterla presa por corrupción de menores. Pero de todos modos era difícil contener a Melisa. Sólo la negativa sistemática de la propia María Bethania la alejó del bar de San

Telmo.

Ahora, ante la psicóloga del Juzgado de Menores, Melisa no recuerda el momento exacto en que decidió matar a sus padres.

—En realidad no quería matarlos — aclara—. Deseaba que murieran en un accidente. Volver un día a mi casa y encontrar a un policía en la puerta con la noticia. Quería que desaparecieran de mi vida. Los odiaba.

Melisa les declaró la guerra a todos.

También a sus compañeros de colegio, para los que hacía rato era «una torta». Y eso que ni sabían de su historia con María Bethania. Sólo dos de sus amigas más cercanas la seguían apoyando. Pero prefería estar sola. En su casa, decidió no hablar más con su madre. Era su castigo personal. Sin embargo, aun cuando los silencios se tornaban insoportables, la ofendida siempre parecía ella. Con su padre no cortó la comunicación pero hacía todas las cosas que a él le molestaban, se pintaba las uñas de negro y se hizo un piercing en la ceja izquierda.

Todas las tardes después de

almorzar sola y en su habitación, aprovechando que sus padres salían a trabajar se iba un par de horas al bar de la estación de servicio de Independencia y Cerrito. Allí conoció al Colorado Báez. El pibe tenía cinco o seis años más que ella y se ganaban la diaria limpiando los vidrios de los autos que paraban en el semáforo de la avenida. Siempre estaba buscando plata para sus vicios y no dudaba en vender cosas robadas o apelar al arrebato cuando la necesidad lo apremiaba. Desde el mismo momento en que lo conoció, Melisa estuvo convencida de que estaba ante el hombre que podía ayudarla en su

liberación.

Una tarde, después de varias cervezas, le contó que sus padres guardaban cincuenta mil dólares en la casa. Que después del corralito financiero su viejo ya no confiaba en los bancos y que por esa razón tenía todo el dinero acumulado por la familia en algún lugar de su habitación. La propuesta era simple y Báez se entusiasmó. Ella desconectaría la alarma y lo haría entrar al chalet donde vivían.

Sólo le puso una condición.

NOTA DEL AUTOR

Los crímenes narrados en este libro tienen correspondencia con hechos reales. Sin embargo, todos los personajes, escenas, fechas y lugares pertenecen al mundo de la ficción.

Mi reconocimiento a UNICEF, y a Emilio García Méndez, Laura Musa y todas aquellas personas que trabajan por la creación de un sistema de responsabilidad penal para menores que garantice sus derechos.

Mi profundo agradecimiento a Claudia Vieder por su apoyo sin restricciones. A Santiago y Luciano por

el amor que me dan a pesar de mis ausencias y errores. A Lardi Vignoli por su confianza. A José León Pace por su colaboración periodística. A Fernando Esteves, Julia Saltzmann, Patricia Somoza, Mariela Asensio y Pablo Robledo por la lectura del original y sus sugerencias.



REYNALDO SIETECASE. Nació en Rosario, Argentina, el 12 de octubre de 1961. Es poeta, narrador y periodista. Publicó su primera revista al terminar el colegio secundario. Fue uno de los fundadores del grupo literario El Poeta Manco. Ejerce el periodismo en medios

gráficos, radiales y televisivos de la Argentina. Por su trabajo en radio fue distinguido con el premio Martín Fierro en 2006 y con el premio Éter a la mejor labor periodística en 2008 y 2009. Su programa *Lado Salvaje* fue galardonado con el premio Martín Fierro al mejor programa periodístico de televisión por cable en 2006 y 2008.

Es autor de los libros de poesía *Y las cárceles vuelan* (1987), *Cierta curiosidad por las tetas* (1989), *Instrucciones para la noche de bodas* (1992), *Fiesta rara* (1996), *Pintura negra* (2000), *Hay que besarse más* (2005) y *Mapas para perderse* (2010).

La antología *Los poemas* (2011) recopila parte de su producción poética.

Publicó las novelas *Un crimen argentino* (2002) y *A cuántos hay que matar* (2010), el volumen de relatos *Pendejos* (2007) y dos libros de crónicas: *El viajero que huye* (1993) y *Bares* (1997).